EL SINIESTRO DR.
MORTIS
$ 5.—
COLOMBIA $ 11.oo
no juegues con
la parapsicología,
puede producirte un
EFECTO RETARDADO
(Un cuento de John Metcalfe)
HOMO ROBOTICUS
¿qué mente diabólica
había creado esos
asesinos indestructibles?
dilapsa

N.º 63

Recargo por flete: $ 0,30

Correo Argentino

TARIFA REDUCIDA N.º

Franqueo a pagar N.º

(En trámite)

"DR. MORTIS". Año 4. 2.ª etapa. 1976. Revista mensual. Editorial: DILAPSA S. A. Representante legal: Carlos Celis. Dirección: Bucarest 127. Casilla 16420, Santiago, Chile. Impresa en los talleres de Editora Gabriela Mistral.

MACABROS RELATOS

DEL SINIESTRO

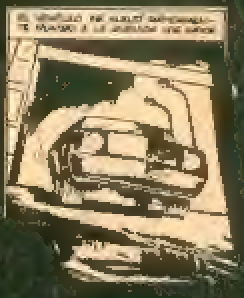
MORTIS

dilapsa

Recuerde que cada 30 días usted renovará su cita con el horror. En 48 espeluznantes páginas encontrará todo sobre los zombies, vampiros y misterios del más allá.

EL SINIESTRO DR

MORTIS



SUMARIO

HOMO ROBOTICUS ..... Pág. 3
El genio maligno de un sabio vengativo, creador de una raza de asesinos indestructibles.

EFECTO RETARDADO ..... Pág. 14
Un tema de parapsicología. Espeluznante... Aterrador... Fascinante..
Narración magistral de
JOHN METCALFE

¡RESERVE! con tiempo su próximo ejemplar

HOMO ROBOTICUS
TODOS LOS ROBOTS ESTÁN SUJETOS A LAS LEYES ROBÓTICAS, PERO ¿QUÉ SUCEDERÍA SI ESA LEY FUERA TRANSGREDIDA?
GUIÓN: EVA MARTINIC.
DIBUJOS: MANOLO AHUMADA.
LETRAS: DACOVAL.
MANOLO AHUMADA
ALBERT MORGAN INTENTABA CONVENCER AL INGENIERO-GERENTE DE "ROBOTS-MÁQUINAS INDUSTRIA GENERALIZADA, SOCIEDAD RESPONSABLE", RESPECTO DE LAS BONDADES DEL NUEVO ROBOT.
LO LAMENTO, SEÑOR MORGAN, PERO NO NOS INTERESA SU ROBOT POR EL MOMENTO. YA SE LO DIJE. ADEMÁS, NUESTROS EXPERTOS ESTÁN DE ACUERDO EN QUE ESOS PLANOS NO SON DE UN ROBOT...
¿AH, NO? ¿Y DE QUÉ SON?
¡SON LOS PLANOS DE UN HOMBRE!
¡AH! ENTONCES USTEDES SE DAN CUENTA DE LAS PROYECCIONES DE MI OBRA. POR SUPUESTO QUE ES UN SUPER-SER A QUIEN HE BAUTIZADO "HOMO ROBOTICUS".
DIEZ AÑOS DE MI VIDA LOS HE PASADO DISEÑANDO ESTA, MI CREACIÓN, QUE UN DÍA SUBSTITUIRÁ AL HOMO SAPIENS. ¿SABE LO QUE ESO SIGNIFICA, SEÑOR HICKMAN?

SEÑOR MORGAN, LO LAMENTO, PERO NO QUISIERA HACERLO PERDER MÁS TIEMPO NI PERDER EL MÍO. DE TODOS MODOS, SI USTED ASÍ LO DESEA DEJE ESTOS PLANOS AQUÍ, QUE YO LE PROMETO VOLVER SOBRE EL PARTICULAR EN LA PRIMERA OPORTUNIDAD.
!
¿DEJÁRSELOS AQUÍ? ¡MALDITO! PRETENDEN USTEDES ROBARME MI OBRA Y... ¡AAAAAAAGGG!
SEÑOR MORGAN. ¿QUÉ LE SUCEDE?
LAS... LAS PÍLDORAS. EN MI BOL... ¡POR FAVOR! ¡EL CORAZÓN!
HICKMAN AUXILIÓ A MORGAN Y LLAMÓ A SU SECRETARIA Y PROMETIDA, CECILY CHADWICK.
UNA INSUFICIENCIA CARDÍACA LLAMA A NUESTRA AMBULANCIA.
SÍ, FRANK.
CINCO MINUTOS DESPUÉS, LA AMBULANCIA DE LA FÁBRICA SE LLEVABA AL PADRE DEL "HOMO ROBOTICUS".
¡POBRE HOMBRE! ¡ESTÁ LOCO!
¿LO CREES?
SI NO LO ESTUVIERA NO HUBIESE PODIDO CREAR UN ROBOT TAN PERFECTO COMO ÉSTE. POR FAVOR, LLAMA A DOUGHERTY.

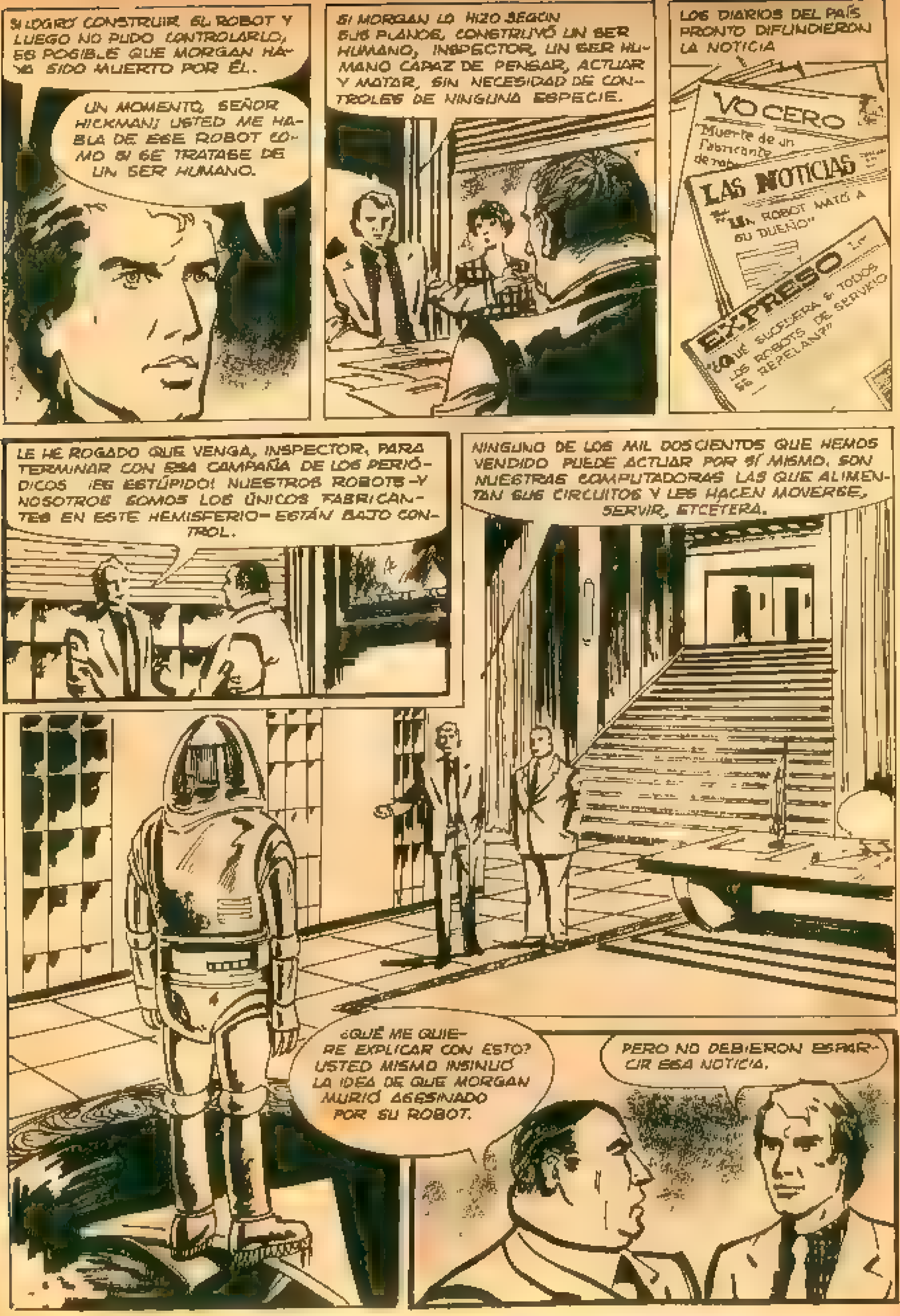
HOLA, GERENTE, ME DIJO CECILY QUE ME NECESITABAS.
SIÉNTATE, EDDY. ESTUVO AQUÍ ALBERT MORGAN, EL DISEÑADOR Y CREADOR DEL ROBOT DE LOS PLANOS QUE ESTUDIASTE.
EDDY, TU INFORME ES CONCIENZUDO AL RESPECTO Y RECOMIENDAS QUE ACEPTEMOS FABRICARLO NOSOTROS.
POR SUPUESTO. ESO ES UN HOMBRE, NO UN ROBOT, FRANK.
EN MI INFORME DIGO QUE ESTÁ PROVISTO DE UN CORAZÓN ANIMAL. EL DE UN CERDO, PARA SER EXACTOS, QUE ES EL CORAZÓN QUE MÁS SE PARECE AL DEL HOMBRE.
ESO ES LO NOTABLE. UNA VÍSCERA COMPUESTA DE CÉLULAS EN UNA MÁQUINA DE METAL. SIN EMBARGO, NO PUDE ESTUDIAR BIEN EL CEREBRO.
¿POR QUÉ?
PORQUE SE HABLA DE ELEMENTOS QUE DESCONOCEMOS, FRANK, AUNQUE EL UR-10 (*) ESTÁ PRESENTE EN UN MÍNIMO ACEPTABLE.
*) UR-10, URCANIO-10. ELEMENTO MÁS POTENTE QUE EL URANIO. FANTASÍA DE LA AUTORA.
AL PARECER ES EN EL CEREBRO DONDE RESIDE TODO LO EXTRAORDINARIO DE ESE ROBOT, FRANK. Y MORGAN SE CUIDÓ MUY BIEN DE OCULTAR SU SECRETO.

EN RESUMEN, ¿TÚ ACONSEJAS QUE LO CONSTRUYAMOS NOSOTROS, COMPRÁNDOLE LOS PLANOS A MORGAN. BIEN. VOLVERÉ A INSISTIR EN EL CONSEJO.
PERO CUANDO EL CONSEJO SE REUNIÓ VOLVIÓ A RECHAZAR DE PLANO LA IDEA. ERA IMPOSIBLE DAR AL MUNDO UN ROBOT AUTÓNOMO COMO EL PROPUESTO.
¿QUÉ SUCEDERÍA A LA RAZA HUMANA, SI POBLÁRAMOS EL GLOBO TERRÁQUEO CON ESAS MÁQUINAS? POCO A POCO NOS IRÍAN SUBSTITUYENDO, HASTA AVASALLARNOS.
AL DÍA SIGUIENTE...
GUARDA ESOS PLANOS, EDDY. SE LOS DEVOLVEREMOS A MORGAN CUANDO LOS PIDA.
ESTÁ BIEN. ¿ME PERMITES QUE LOS LLEVE MIENTRAS TANTO A CASA PARA VOLVER A ESTUDIARLOS?
POR SUPUESTO. CECILY, ESTA NOCHE CENAS CONMIGO, ¿EH?
¡ESTÁ BIEN, JEFE! ¡UNA ORDEN ES UNA ORDEN!
PASARON SEIS MESES.
ESA TARDE, CECILY Y FRANK VIAJABAN EN EL ELECTROMÓVIL RUMBO A LA CALLE LOS MUNDOS 143, LUGAR DONDE VIVÍA MORGAN.
NO HE VISTO A MORGAN DESDE QUE HUYÓ DE NUESTRO HOSPITAL.

¿PARA QUÉ TE NECESITA?
NO SÉ. ME LLAMÓ POR TELEVISÓFONO PIDIÉNDOME ENCARECIDAMENTE QUE LO VEA ESTA NOCHE. PARECÍA MUY ASUSTADO.
¡AJÁ! ÉSTA ES LA CALLE. ÉSA DEBE SER LA CASA.
ES UN BARRIO FEO Y SOLITARIO.
CUANDO ESTUVIERON FRENTE AL NÚMERO 147.
¿ES POSIBLE QUE VIVA EN ESTE GALPÓN?
DEBE ESTAR MUY MAL ECONÓMICAMENTE. VEAMOS.
NADIE ACUDIÓ A LOS REPETIDOS LLAMADOS DE HICKMAN. POR ÚLTIMO DECIDIERON VER SI LA PUERTA ESTABA CERRADA, PERO NO LO ESTABA.
¡HUM! ES MUY CONFIADO.
NO TENDRÁ NADA QUE LE ROBEN.
¡SEÑOR MORGAN! ¡SEÑOR MORGAN! SOY YO: FRANK HICKMAN. ¿NO HAY NADIE EN CASA?
NO OBTUVO RESPUESTA.
¿ESTÁS SEGURO DE QUE TE DIO ESTA DIRECCIÓN?
ERA ÉSTA. NO ME HE EQUIVOCADO.

DE PRONTO LOS OJOS DE ELLA VIERON ALGO EN EL SUELO.
¡FRANK! ¡OH, MIRA!
HICKMAN SE ACERCÓ A LA MESA TRAS LA CUAL SE VEÍAN AQUELLOS CABELLOS. CUANDO COMPROBÓ DE QUÉ SE TRATABA...
¡DIOS MÍO! ¡NO TE ACERQUES, CECILY! ¡NO MIRES!
PERO LA MUCHACHA YA ESTABA MIRANDO ENTRE GEMIDOS DE HORROR.
¡LO... LO HAN DESTROZADO!
¡CIELO BENDITO! ¡ES MORGAN!
¡SALGAMOS DE AQUÍ! VUELVE AL ELECTROMÓVIL, YO TENGO QUE ECHAR UNA MIRADA A ESO.
¡OH, NO, FRANK, NO LO HAGAS!
HICKMAN HIZO LO QUE HABÍA DICHO, ÉL CREÍA PODER ENCONTRAR ALGÚN RASTRO DEL ASESINO DE MORGAN, PERO NO FUE ASÍ.

¿QUÉ HAREMOS AHORA?
DAR CUENTA A LA POLICÍA
DOCE HORAS DESPUÉS, CECILY E HICKMAN ERAN CITADOS AL DESPACHO DEL INSPECTOR TOLLER, A CARGO DE LA INVESTIGACIÓN
LES AGRADEZCO MUCHO SU COOPERACIÓN, AUNQUE EN VERDAD NO ENTIENDO ALGUNOS PUNTOS
ES PROBABLE QUE NO, INSPECTOR, PERO CUANDO MORGAN ME LLAMÓ PARECÍA MUY ASUSTADO. AHORA BIEN. LO QUE SUCEDIÓ EN SU CASA NO HA SIDO OBRA DE UN SER HUMANO, AL MENOS, UN SER HUMANO COMÚN.
USTED HA VISTO COMO QUEDÓ TODO Y... LO QUE HICIERON A MORGAN.
¿DÓNDE QUIERE IR A PARAR?
ESCÚCHEME MORGAN TRABAJABA EN LA CREACIÓN DE...
HICKMAN CONTÓ AL POLICÍA LO QUE SABÍA RESPECTO DEL «HOMO ROBOTICUS».
¡CARAMBA! ¿CREE USTED QUE ESE HOMO ROBOTICUS HAYA ASESINADO A MORGAN?
EL LLAMADO DE MORGAN ERA PERENTORIO. COMO SI QUISIESE DECIRME ALGO DE SUMA IMPORTANCIA



SI LOGRÓ CONSTRUIR EL ROBOT Y LUEGO NO PUDO CONTROLARLO, ES POSIBLE QUE MORGAN HAYA SIDO MUERTO POR ÉL.
UN MOMENTO, SEÑOR HICKMAN; USTED ME HABLA DE ESE ROBOT COMO SI SE TRATASE DE UN SER HUMANO.
SI MORGAN LO HIZO SEGÚN SUS PLANOS, CONSTRUYÓ UN SER HUMANO, INSPECTOR, UN SER HUMANO CAPAZ DE PENSAR, ACTUAR Y MATAR, SIN NECESIDAD DE CONTROLES DE NINGUNA ESPECIE.
LOS DIARIOS DEL PAÍS PRONTO DIFUNDIERON LA NOTICIA
VOCERO
Muerte de un fabricante de robots
LAS NOTICIAS
"UN ROBOT MATÓ A SU DUEÑO"
EXPRESO
"¿QUÉ SUCEDERÁ SI TODOS LOS ROBOTS DE SERVICIO SE REBELAN?"
LE HE ROGADO QUE VENGA, INSPECTOR, PARA TERMINAR CON ESA CAMPAÑA DE LOS PERIÓDICOS ¡ES ESTÚPIDO! NUESTROS ROBOTS -Y NOSOTROS SOMOS LOS ÚNICOS FABRICANTES EN ESTE HEMISFERIO- ESTÁN BAJO CONTROL.
NINGUNO DE LOS MIL DOSCIENTOS QUE HEMOS VENDIDO PUEDE ACTUAR POR SÍ MISMO. SON NUESTRAS COMPUTADORAS LAS QUE ALIMENTAN SUS CIRCUITOS Y LES HACEN MOVERSE, SERVIR, ETCÉTERA.
¿QUÉ ME QUIERE EXPLICAR CON ESTO? USTED MISMO INSINUÓ LA IDEA DE QUE MORGAN MURIÓ ASESINADO POR SU ROBOT.
PERO NO DEBIERON ESPARCIR ESA NOTICIA.

¡AH! ¿ACASO NO CONOCE USTED A LOS PERIODISTAS? ESTÁN EN TODAS PARTES.
INSPECTOR ES NECESARIO CAPTURAR AL ASESINO DE MORGAN. ES IMPRESCINDIBLE QUE DEMOSTREMOS QUE NO ES DE NUESTROS ROBOTS.
SE HARÁ LO QUE ESTÉ DE NUESTRA PARTE, PERO TAMBIÉN DESEAMOS CONTAR CON LA COLABORACIÓN DE USTEDES. POR LO DEMÁS, LA TEORÍA DEL ROBOT DE MORGAN HA SIDO SUYA, INGENIERO, NO NUESTRA.
EL RESTO DEL DÍA PASÓ SIN NOVEDADES. ESA NOCHE, DOUGHERTY ESTABA ENFRASCADO EN EL ESTUDIO DE LOS PLANOS DEL "HOMO ROBOTICUS". LE ABSORBÍA LA COMPLEJIDAD DE SU PARTE "CEREBRAL"
CUANDO EL RELOJ DE UNA IGLESIA CERCANA DABA LAS DOS DE LA MADRUGADA, "BUCKY", EL DOGO DE DOUGHERTY, COMENZÓ A LADRAR FURIOSAMENTE
GUAU...
GUAU...!
EL JOVEN SE ASOMÓ A LA VENTANA. EN LA VERJA HABÍA UN HOMBRE QUE AL PARECER AGUARDABA.
¡CALLA, "BUCKY"! ¡RETÍRATE DE AHÍ!
¿A QUIÉN BUSCA, AMIGO?
EL HOMBRE PARECIÓ DECIR ALGO, MOVIENDO UNA MANO, PERO DOUGHERTY NO ENTENDIÓ.
ESTÁ BIEN, BAJO ENSEGUIDA.

BUENAS NOCHES, ¿QUÉ SE LE OFRECE?
RECIÉN ENTONCES EL INGENIERO VIO AQUELLA CARA
PERO EL DESDICHADO NO TUVO TIEMPO DE EXTERIORIZAR SU ASOMBRO. DOS MANOS COMO DE ACERO SE PRENDIERON A SU CUELLO. A TRAVÉS DE LOS BARROTES SE OYÓ UN OMINOSO CRUJIDO Y EDDY DOUGHERTY FUE CADÁVER UN MINUTO DESPUÉS.
SERÍAN LAS TRES DE ESA MISMA MADRUGADA CUANDO EL INSPECTOR TOLLER SE APERSONABA EN LA CASA DEL INFORTUNADO DOUGHERTY, A LOS REQUERIMIENTOS DE HICKMAN.
FUI AVISADO POR LOS VECINOS DE EDDY, QUE ACUDIERON A LOS LADRIDOS DEL DOGO. TOLLER, EL ASESINO ES EL MISMO QUE MATÓ A MORGAN.
¿LO DICE POR LAS VÉRTEBRAS PULVERIZADAS Y EL PERRO DESTROZADO?
SÍ, ADEMÁS SE LLEVÓ LOS PLANOS DEL ROBOT
¡HUM! NO QUIERE QUE SE CONOZCA SU CONFORMACIÓN, ¿EH?

CONTINÚA EN LA PÁGINA 19

EFECTO RETARDADO

JOHN METCALFE

LA señorita Moody, una vez Eddie Fisk hubo salido, se fue hacia el cuarto de costura para hojear los periódicos espiritistas que le había dejado.

Sus manos eran grandes, mascu-linas, de nudillos ligeramente abultados por el reuma y de pulgares gruesos y hacendosos. Sus movimientos, al apilar cuidadosamente los periódicos a su izquierda y al pasar cada uno, tan pronto como su vista lo había recorrido, a un montón no menos ordenado a su derecha, eran sumamente metódicos, llenos de una especie de contenido escepticismo. Pero, alguna que otra vez, su expresión se animaba. Respiraba entonces ruidosamente y el interés prestaba luminosidad a su mirada. Fisk le había facilitado la **Revista de Ocultismo**, algunos ejemplares de **Luz** y una serie de folletos de propaganda, colectivamente titulados **El otro mundo**. No tendría tiempo sino para leer muy por encima todos aquellos textos durante el fin de semana, pero Eddie, absurdo como siempre, esperaría de ella que los conociese a fondo antes de la sesión del lunes por la tarde. Con vaga expresión frunció el entrecejo y suspiró, mientras dejaba cuidadosamente el último folleto a la derecha. Su rostro era alargado, sombrío, de rasgos equinos y mirada de abatida fidelidad, lo que aumentaba ciertamente su parecido con un caballo. A decir verdad, Fisk había conseguido una comparación menos corriente. Al regresar con su hermano Gilbert del noroeste del Canadá, opinó que decididamente su antigua patrona le recordaba un alce. Esto era algo que, desde luego, la señorita Moody no sospechaba.

Antes de la guerra, Eddie y Gilbert habían sido, con su tercer hermano Morris, los tres primeros huéspedes en aquella casa de Gordon Square. La señorita Moody, que empezó siendo modista, al morir su padre se encontró con que le resultaba factible alquilar parte de la casa de la que hasta entonces sólo había habitado un piso, precisamente el último y menos cómodo. Se reservó las mismas habitaciones que antes ocupaba y transformó el resto en una pensión. Para la aventura, logró la colaboración de su hermana viuda, Janet Phillimore, que desempeñó el cargo de cocinera. Durante doce años de muchos esfuerzos y modestas ganancias, ambas atendieron con éxito —como podría demostrar el Libro de reclamaciones del vestíbulo—, a más de dos mil caballeros y, de modo excepcional, según parece indicar una diferencia numérica tan considerable, cerca de un centenar de señoras.

Desde luego, las preferencias de la señorita Moody hacia los caballeros era evidente. Mujer de gran corazón, torpe de modales, incapaz de finura o de la menor sombra de halago, sus huéspedes, que empezaban riéndose de su tipo huesudo y de aquel sorprendente rostro de labios cárdenos, terminaban por sentir hacia ella ▷

EFECTO RETARDADO

▽

algo así como cariño o cuando menos respeto. "Una buena persona... una mujer excelente... uno de los mejores..." Algunos de ellos, como los hermanos... lo tomaban... en... y estaban... dos a la... midad de piso a... entre en sus viejos tiempos había desempeñado el oficio de modista. Al... el cuarto de estar con... la máquina de coser y... la... de la ventana... par de maniquíes. Estos eran objeto de continuos... entre los visitantes de la señorita Moody... sobre todo... algunas palabras... Janet, aunque... con gusto a las... gias de su hermano, deseaba que el vocabulario de Eddie fuera un poco más cuidado y algo de mayor importancia que dejara de preocupar a Ellen con aquellas eternas publicaciones...

...intarismo, teosofía, vegetarianismo, el método de respiración Yogi, taoísmo y ahora, espiritismo. Ellen se sentía una y otra vez atacada por el... de algún culto nuevo y... que llenaba aún más de confusión su escasa inteligencia. Resultaba vulnerable a las creencias extrañas, como lo son otras personas al sarampión o a la viruela, y Eddie en lugar de... o hablarle sensatamente seguía la corriente de sus... fantásticos. Él se reía de las... que... pero por alguna curiosa desviación de carácter... parecía encontrar... hacerle su víctima. En cambio, Ellen continuaba... en... encontrar la... que las absurdas creencias se sentía constantemente decepcionada... cada una de ellas pero siempre pendiente de aferrarse con esperanza en otra nueva.

Para Gilbert, Janet tenía mayor tolerancia. Era algo dominante, de... cordial... mucho más hombre a su juicio que Eddie, quien accionaba como un payaso y poseía una voz chillona. Eddie y Gilbert eran sus huéspedes desde hacía tiempo, pues se habían... a los negocios con una empresa de pieles y curtidos situada muy lejos, en Kensington. Pero los dos se dejaban... por... cuando en cuanto... se les presentasen tiempo y oportunidades. Sobre todo Eddie, desde que había emprendido con el espiritismo y se convenció de poseer poderes de medium. Frecuentaba la casa siempre con... y opúsculos nuevos.

De tercer hermano Moody, ninguno de ellos, y menos la señorita Moody, que la había... En su larga lista siempre en aumento de puntos... cos es el y aun después de haber

muerto él, seguía siendo el más doloroso. Sin que lo confesara, era el recuerdo insistente y penoso de Morris Fisk lo que le impulsaba a aquellas investigaciones espiritistas que Janet tanto lamentaba. Morris, más silencioso que los otros, de suaves y reservados modales que en principio podían confundirse con timidez, vino a despedirse de Ellen antes de partir para la guerra y le había dado una fotografía suya. En sus ojos había una mirada, muda y temerosa, de sufrimiento. Cuando, a fin, bajó la escalera y pasó por la sala hacia el vestíbulo, le dio la mano hasta tres veces, pero ella nunca llegó a estar segura de si lo hizo por distracción o no.

Ahora, cuando la señorita Moody había terminado la lectura de sus revistas y cruzaba lentamente el salón para atizar el fuego, se preguntó cómo habría ocurrido la muerte de Morris. Nadie lo sabía con exactitud, o, al menos, Eddie, cuando ella se lo preguntó, parecía poco dispuesto a decirlo. En muchos aspectos, Eddie resultaba decepcionante. Después de la última sesión, celebrada unos días antes en aquel mismo cuarto, Ellen le había preguntado si, acaso, había tenido él ... algún mensaje. Y Eddie pareció reaccionar a su pregunta confuso y casi disgustado. Evidentemente, cuando estaba en la memoria de todos aquel milagro de las

flores desaparecidas, no era tan poco razonable llegar a imaginarse que Eddie hubiera sabido de Morris.

Eran las seis. Aquel anochecer de marzo resultaba frío. Oscurecía. Pensó bajar a la cocina para ver qué hacía Janet. Pero antes volvió junto a la mesa y revisó de nuevo uno de los folletos. Era un relato de la vida y actividades como médium de Daniel Home. El señor Home, lo sabía todo el mundo, había sido un auténtico medium maravillosamente dotado que resistía carbones ardientes sobre su cabeza y en las manos. Brillaron los ojos de Ellen y se hizo más rápida su respiración. De algún modo, aunque no pudiera explicárselo, tuvo la convicción de que si ella también pudiera realizar tal hazaña, si pudiera emular una acción como aquélla, algo que perturbaba su mente quedaría refutado o probado, pero resuelto. Entonces se sentiría más tranquila respecto a Morris Fisk.

II

—Bueno —dijo Janet—, aunque las flores desaparecieran, y no digo que no hayan desaparecido, ¿qué prueba eso? Que desaparecieron y nada más. Y ¿qué bien trae consigo? ¿Nos sirve para la mejor marcha de la pensión? Me gustaría saberlo.

—Oh. Prueba muchas cosas, si se considera con suficiente perspectiva. Demuestra que ... —Ellen dudó, a olvidar de pronto lo que había pensado decir. Siempre que Janet se enfrentaba con ella, quedaba aturdida e incapaz de continuar, así que terminó diciendo débilmente—:

—Demuestra que existen otras leyes de las que nada sabemos. Eddie dijo que demostraba la existencia de una cuarta dimensión.

Janet era más baja que su hermana, más viva y de mayor ligereza ... palabras, con cabellos negros, cejas espesas y un cutis muy enrojecido por doce años de cocina. Sacó una gran ... del fogón, puso una gran sartén en su lugar, se volvió y dijo despectivamente:

—Una cuarta dimensión, ¿eh? Cuando la pueda ver y oler, creeré en ella. ¿Para qué sirve? ¡Si sirviera para mantener caliente el horno o impedir que mi pie se queme ... !

La señorita Moody, no estando a la altura de la pelea, salió tristemente de la cocina. No sólo era incapaz de razonar con Janet de aquel modo, sino que no era correcto que tal discusión se efectuara ante la pequeña Agatha, la criada para todo. Además, hubo algo en las últimas palabras de su hermana que la desasosegó sorprendentemente: ¡Aquello de que el horno le quemaba los pies!

Terminó la cena y Ellen se detuvo un momento en el salón para hablar con el señor Brace. Los Brace, marido y mujer, llevaban en la pensión siete meses. El señor Brace era un hombre viejo y calvo, retirado de su profesión de comerciante de medias; su esposa era mucho más joven, de pelo rubio artificial y, a veces, parecía muy guapa. Los dos habían estado en la sesión.

—¿Subir el lunes? Claro que sí, aunque ha de saber que no nos tragamos cuanto se nos dice. Ese amigo suyo me resulta algo desenfadado. Y esas flores que desaparecen... Creo que soy algo dura de mollera. Pero iremos con mucho gusto.

La señorita Moody subió a su piso. Los Brace, aunque algo escépticos, se mostraban amables y no irónicos como Janet. La conversación mantenida con ellos le había devuelto el optimismo. Ahora, Janet subiría para irse a dormir y, con ella, Agatha, que dormía también en la casa en un lecho de campaña, en la habitación próxima. Pero por un momento dispondría de algún tiempo para sí misma.

Mientras cosía, pensó en las palabras del viejo señor Brace acerca de Eddie. Sus comentarios —hubo de admitir—, fueron justos. Eddie, como abogado de una causa, no resultaba convincente. Era su modo de hacer las cosas. Su modo de conducirse impertinente y cómico. Pero, si aquello era verdad, lo seguiría siendo, a pesar de la actuación de Eddie y aunque no lo creyese del todo él mismo. Uno podía tener virtudes sin ser digno de ellas. Pero si se era sincero y digno, seguramente podrían adquirirse virtudes aún mayores.

La señorita Moody, al levantarse para alcanzar un dedal, sorprendió su imagen en el espejo. El punzante recuerdo de algo que el señor Brace dijera de su pelo la distrajo y le hizo sonreír. Había hecho una observación algo atrevida, pero evidentemente halagueña, por lo que su mujer fingió reñirle: ¡Cielo Santo! ¿Qué era eso? Y a su edad. El pelo de Ellen era abundante, castaño y lustroso, lo único bonito en ella. Lo acarició y su sonrisa se hizo más ancha, destacando los grandes dientes y las encías demasiado visibles. ¡Vaya, vaya! Es atrevido pero un viejo agradable. Dejó escapar una risa corta y áspera, y esbozó una torpe pirueta. A veces, una alabanza inesperada le hacía enrojecer. Solía azorarse de pronto y contonearse suavemente, añagazas que si bien fueron atractivas y coquetas en su temprana juventud, constituían ahora un anacronismo inoportuno.

A poco, reanudó su labor de costura. Allí, tan arriba, reinaba casi siempre un gran silencio, pero precisamente aquella noche hacía viento, un viento iniciado a la hora de la cena que hacía sonar los cristales y producía curiosos ruidos en torno a los aleros. De pronto sopló en la chimenea, lanzando una nube de humo a la habitación. Un rescoldo cayó en la re-

CONTINÚA EN PAGINA 23

VIENE DE LA PAGINA 63

EN REALIDAD NO SÉ QUÉ HACER, QUERIDA
CON PERMISO, SEÑOR HICKMAN, UNA LLAMADA PARA USTED POR TELEVISÓFONO.
EN LA PANTALLA DEL TELEVISÓFONO APARECIÓ UN HOMBRE DE ESPALDAS.
ALÓ, ¿QUIÉN HABLA?
FRANK HICKMAN, TIENE VEINTICUATRO HORAS DE VIDA. LO SIENTO, PERO USTED Y SU NOVIA DEBEN CALLAR.
¡ALÓ! ¡ALÓ! ¡MALDICIÓN!
¡FRANK! ¡FRANK, ERA EL... ROBOT!
HICKMAN SALIÓ DEL RESERVADO Y LLAMÓ AL POLICÍA QUE SE LES HABÍA DESIGNADO COMO CUSTODIO.
DABNEY, ACABA DE LLAMARME EL ASESINO. TRATE DE UBICAR LA LLAMADA.
SÍ, SEÑOR
AL CABO DE MEDIA HORA DE INTENTAR AVERIGUAR EL LUGAR DE LA LLAMADA, SÓLO SE SUPO QUE HABÍA SIDO DESDE UN TELEVISÓFONO PÚBLICO.
TE LLEVARÉ A CASA, CECILY. VENGA CON NOSOTROS, DABNEY
ES MI OBLIGACIÓN, SEÑOR
HICKMAN ACOMPAÑÓ A CECILY A SU APARTAMENTO Y DESPUÉS DE HABER REVISADO TODO, SE DESPIDIÓ DE ELLA CON UN BESO

TOMA, ESTA PISTOLA PODRÁ SERVIRTE DE ALGO. SI SE TRATA DEL ROBOT, NO OLVIDES QUE TIENE UN CORAZÓN ANIMAL, POR LO TANTO SUSCEPTIBLE DE SER DESTRUIDO A TIROS.
Y LA MUCHACHA QUEDÓ SOLA...
LA JOVEN SE DESNUDÓ PARA ACOSTARSE. EN ESE MOMENTO SONÓ EL TIMBRE MUSICAL.
¿QUIÉN ES?
EL OFICIAL DABNEY, SEÑORITA.
UN MOMENTO.
CECILY ABRIÓ.
¡OH, NO!

CONTINÚA EN LA PAGINA 25

VIENE DE LA PAGINA 18

fija. Ellen, estornudando con fuerza, la miró fijamente un momento. Su rojo brillante fue apagándose y cambió mientras la miraba, en un gris cadavérico. Todavía estaría demasiado caliente.

Sus pensamientos volvieron una vez más hacia el señor Home. ¿Qué decía el folleto? Aunque sólo lo había hojeado con rapidez, se encontró con que podía recordar ciertas frases, palabra por palabra. "Home, en presencia de testigos, cuya probidad y antecedentes conocidos los ponían por encima de toda sospecha de complicidad en cualquier tipo de engaño, introdujo repetidamente la mano entre carbones candentes y, retirando algunos del fuego, los puso sobre su cabeza. Esta sorprendente acción no fue acompañada de dolores o de efectos molestos, y ni sus manos ni su cuero cabelludo mostraban el menor síntoma de quemaduras". La señorita Moody suspiró bruscamente. El relato de semejante hazaña la cautivaba y al mismo tiempo la llenaba de terror. El espejo, ante el que se había detenido hacía un momento para admirar su pelo, estaba frente a ella y durante un segundo pudo ver en su rostro un gesto casi de sufrimiento. Para borrarlo, se esforzó en sonreír. Luego bajó la mirada y cambió ligeramente de posición respecto al fuego.

Si ella misma pudiese hacer algo parecido... Abrió los labios y contuvo su respiración. Se sentía torturada. Pero el fuego, el fuego era lo que más temía. Y la incredulidad de Janet la hacía más difícil. Había sido Janet quien durante todo aquel tiempo le había impedido ser todo lo que hubiera podido llegar a ser...

De pronto, se sobrecogió, ahogando un grito. Mientras pensaba acerca del señor Home, continuó cosiendo de modo instintivo, y ahora su mirada, menos distraída, se fijó con sorpresa en su aguja. La contempló glacialmente. El ojo hilvanado era perfectamente visible en la parte exterior del pulgar de la mano izquierda que sostenía su labor. El otro extremo, la punta, sobresalía media pulgada por el otro costado, el interior, hacia los demás dedos.

Así, pues, se había pinchado, había empujado, al parecer, la aguja a través del pulgar. Pero no lo había notado en absoluto. No le era posible creerlo. Durante unos segundos permaneció asombrada y, después, indecisa, comenzó a sacar la aguja hacia

EFECTO RETARDADO

atrás. Sí, en verdad, debió casi rozar el hueso. Ahora, ya estaba fuera y salía sangre, aunque no mucha. ¿Cómo no le había dolido?

Se levantó de la silla y notó de pronto una torpeza extraña. Pero esa torpeza no era una simple ausencia de sensaciones. Era un algo, un algo positivo, que la cambiaba y la embargaba. Podía notar cómo aquello la invadía rápidamente, irradiando desde el centro de su cuerpo hacia la cabeza, las manos y los pies. En etapas, como el latido del pulso o como un reloj. Era como si, dentro de ella, fueran contándose apresuradamente números que ascendían en proporción hasta una cifra determinada. Y todo estaba en silencio. El ruido del viento en la calle había cesado, se había desvanecido para ella. También en su mente reinaba silencio, pero más profundo. Cuando el recuento hubiera terminado y se llegara al número final, el silencio sería absoluto. Ellen sabía que entonces podría hacer cualquier cosa.

Entonces se inclinó y extendió una de las manos hacia el fuego.

Vio sus propios dedos en las llamas, moviéndose entre los carbones. Extrajo dos o tres, al rojo vivo, y los pasó a la otra mano. Llevaba mangas cortas y durante un rato pasó los rescoldos a lo largo de sus antebrazos. Finalmente los apretó contra sus mejillas y se los puso sobre la cabeza.

La puerta se iba entreabriendo lentamente. Alguien se asomaba: Agatha. La señorita Moody, aun cuando no había oído ruido alguno, pudo ver claramente la mirada de asombrada incomprensión en su cara, al principio.

—Entra, Agatha, y cierra la puerta —Ellen no estaba segura de si su voz, ▷

▽

compuesta, calmosa y tranqui zadora según suponía podía oírse a no

Los ojos de Agatha se agrandaron entonces por el terror. Abrió la boca para gritar

I

Ellen, envuelta en su bata se hallaba sentada en la cama. Eran casi las once en la mañana de domingo, pero no pensaba levantarse hasta la tarde. Janet, después de su primera manifestación de asombro, —"¿Cómo? ¿No te levantas? ¿Te encuentras mal?" había bajado la escalera, probablemente muy convencida de que la explicación de un estado de cosas tan sin precedentes era una grave enfermedad de su hermana. Más tarde volvió a subir con la bandeja de desayuno. "Bueno, al menos, tu apetito es excelente. Parece que, después de todo, no tendré que llamar al médico " Estaba claro que se disponía a mostrarse indignada y sarcástica pero, al observar la expresión de la mirada de la señorita Moody, recapacitó. Hasta sus ojos, generalmente tan perspicaces y amenazadores bajo las espesas cejas, miraron hacia el suelo como si sintiera miedo

Desde luego para nada necesitaba la señorita Moody del médico. Todo lo que de momento deseaba era descanso y tiempo para meditar sobre aquel milagro, cuyo único testigo había sido Agatha, pero cuya autenticidad tendría que ser aceptada muy pronto por un mundo asombrado. Mientras tanto, allí seguía sentada escuchando las campanas de la iglesia que repicaban a cierta distancia y cuyos sones se confundían y enmudecían hasta ser del todo acallados en algunos momentos por repentinas ca mas de viento aún vigoroso

"Yo, Ellen Moody cuento con poder sobrehumano" Había intentado decir esto a Agatha, cuando ésta se recobró de su desfallecimiento, pero temía no haberlo sabido explicar con tanta claridad. Después de dejar los rescoldos, levantó a la joven del suelo, pues había caído junto a la puerta, la echó sobre el sofá y sacó presurosa coñac del aparador

Pero Agatha, vuelta en sí con alguna dificultad, la miró aterrorizada un instante y después se volvió apresuradamente y en silencio, a punto, según parecía evidente de sufrir otro colapso. Desde entonces se sintió enferma según luego supo Ellen, pero nada dijo ni a Janet ni a ninguna otra persona

Tanto mejor Janet aunque curiosa respecto a las causas de la indisposición de Agatha, no la hubiera creído. Algo más tarde había subido, gruñona, cuando Ellen se disponía a acostarse y la reprendió por asustar a la gente y provocar su histerismo. Y ahora, en la mañana del domingo

Pero muy pronto Janet lo sabría. Lo comprendería también Agatha. Todavía no, habría que esperar hasta la sesión del lunes por la tarde. La señorita Moody se acomodó sobre las almohadas y respiró larga y profundamente. Nada intentaría hasta entonces. Tenía la sensación de que eso sería prudente y respetuoso para el poder que se le había concedido. Necesitaba tiempo para pensar, para saber sobre su nueva personalidad, para encontrarse a sí misma de nuevo . Y, entretanto, esperaba, ansiosa de no verse molestada, de no tener que hablar con nadie, ni siquiera con Agatha. En realidad, por algún oscuro motivo que no comprendía, era con Agatha con la que menos deseaba encontrarse

Aquel mismo día, se levantó después de cenar y bajó al primer piso. Le preguntaron con interés los Brace y todos los demás huéspedes, "¿Ha estado enferma? ¿Se encuentra ya mejor?" Janet, dispuesta, según notó, a hacer pública su protesta, la miró con curiosidad y cambió de idea. Ellen sabía por qué. Sabía que era ya distinta y que todos ellos podían darse cuenta de esa diferencia. Sintió como una languidez de absoluta confianza en sí misma que aumentaba alcanzando a toda su persona. Resultaba evidente para todos ellos, para cuantos se le acercaban.

Cuando tomó la taza de té, se retiró a su habitación y pasó el resto

de la velada hojeando los impresos de Eddie. Pobre Eddie. Era un [illegible] en algunos aspectos y, sin embargo, también él tenía poderes. No debía olvidarlo. Debía agradecerle que, pese a su ignorancia y superficialidad, le hubiera abierto los ojos, le hubiera indicado el camino a seguir. Sólo después de que él hubo

hecho desaparecer aquellos temores, había creído.

Y en memoria de Morris.

Se miró con atención en el espejo. «Yo, Ellen Moody.»

V

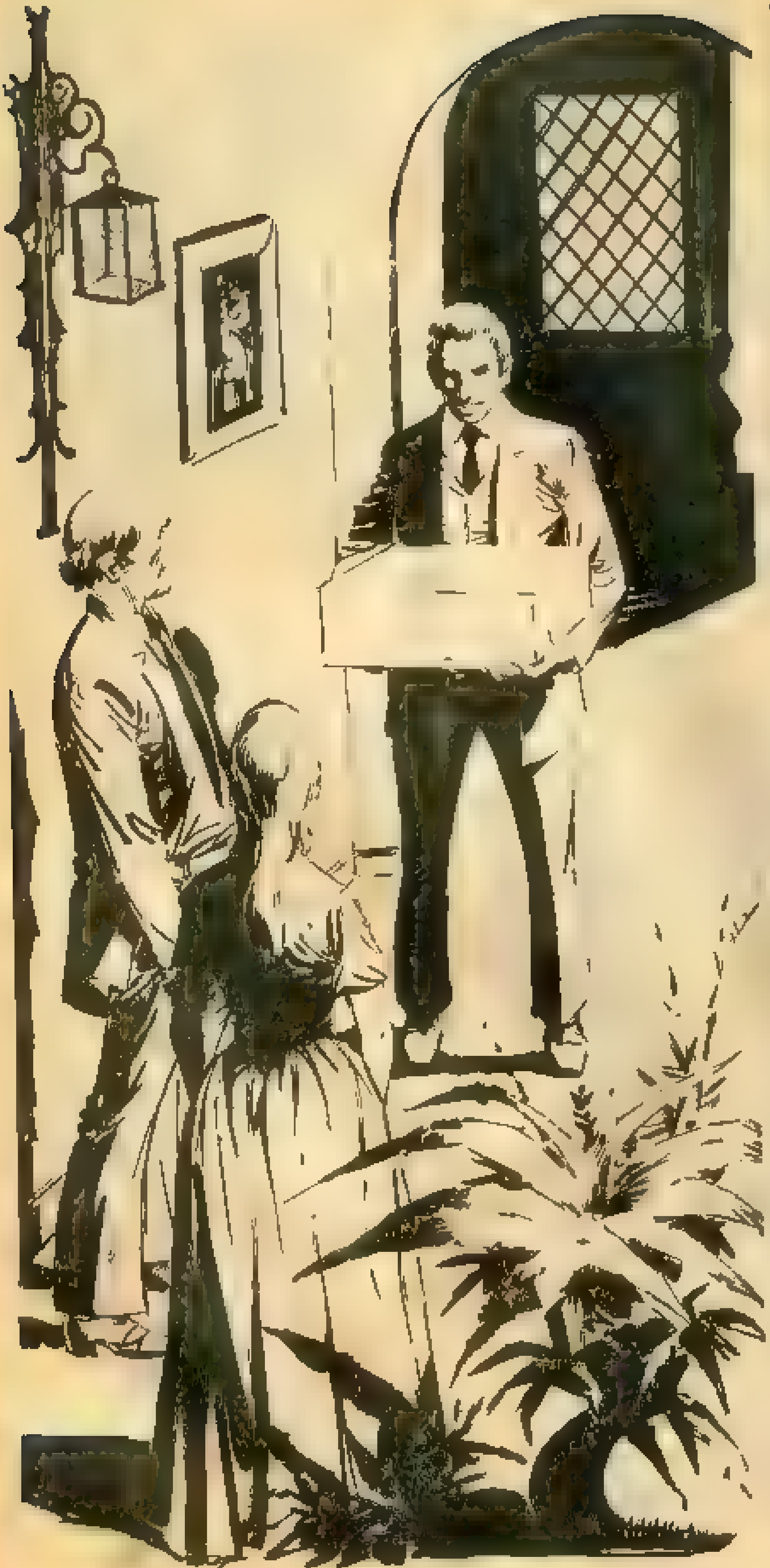
Agatha hizo su equipaje y se marchó. La señorita Moody recordaba aún aquel rostro pequeño y aterrado cuando se cruzó con ella en la escalera. Janet se mostró contrariada. ¿Qué le sucedía de malo a la chica? Debería quedarse aún otra semana para cumplir debidamente su plazo de despedida. Pero Ellen, aunque sentía ver marcharse a Agatha, dijo que no había que detenerla. No tenía objeto retenerla si no quería quedarse.

Sucedió esto a primera hora de la mañana y ya había comenzado la tarde. La tarde del lunes y no faltaba mucho para la sesión. La señorita Moody desempeña sus trabajos corrientes. Se ocupó de que estuviesen para quienes lo desearan, estuvieran dispuestos en las mesitas de cobre del salón; hizo cuentas, extendió una o dos facturas y se entrevistó con los fontaneros que vinieron a reparar los grifos del lavabo de la habitación número 8. A la hora de cenar presidió la mesa con su buen humor habitual. Bromeó al señor Brace por la supuesta dureza de su [illegible]. —Bueno, bueno, ya veremos. No soy tan fanática. Si todo esto no es un engaño, estoy perfectamente dispuesta a dejarme convencer. Mira si logra algunas líneas de Sansy Price, que se fue al otro mundo en un choque de automóviles el año pasado... Me debía cuarenta libras.

El viejo señor Brace era en verdad [illegible].

Hasta entonces Ellen se había abstenido de hablar de espiritismo o de cualquier otra cuestión parecida en público, pero aquella noche no le importaba que fuera de [illegible]. ¿Qué importaba si a alguien le desagradaba? Quizás algunos de los que no habían oído hablar de ello se sintieran interesados y quisieran asistir a la sesión.

Poco después de las ocho y media el estruendoso repiqueteo en la puerta principal, con las primeras notas de Policeman's Holiday, anunció la llegada de Eddie. Entró llevando un paquete grande y en forma de caja alargada, así como una prensa de botánico. Cuando hubo cambiado saludos con la señorita Moody, alargó burlonamente un dedo meñique al señor Brace, quien había acompañado a Ellen en ▷



hasta el vestíbulo. El señor Brace, después de cogerle con seriedad por un momento el dedo golpeó la caja.

—Espero que toda la familia siga bien, señor —dijo—, ¿no le ha causado ninguna preocupación?

Eddie sonrió y negó con un movimiento de cabeza.

—No, gracias, abuelo. La familia está al pelo. La abuelita de Sophronia se encuentra algo mareada después de haber servido de plasmación a Gertie Gush, la estrella de cine, pero eso es todo. Por lo demás, en la gloria.

El señor Fisk era bajo, rubio y vivaz, con un bigotito. Tenía ojos perspicaces e inquietos, de tono gris claro, y era algo afectado en el vestir. Llevaba chaleco azul de seda con botones esmaltados y zapatos de charol y ante. Sus pies eran muy pequeños.

—¿Estamos todos listos? —preguntó a Elton, mirando por detrás de este hacia la sala—. Gilbert siente muchísimo no poder venir. Está acatarrado.

—Sí, todos estamos listos. —La señorita Moody se había vuelto e hizo una señal con la mano. La señora Brace y otros cuatro o cinco que se habían adelantado de entre los demás aparentando indiferencia, continuaron su camino hacia el vestíbulo, dos facturas y se entrevistó con los fontaneros que vinieran a reparar los grifos del lavabo de la habitación número 8. A la hora de cenar presidió la mesa con su buen humor habitual, bromeó al señor Brace por la supuesta dureza de su cráneo. "Bueno, bueno, ya veremos. No soy tan fanática. Si todo esto no es un engaño, estoy perfectamente dispuesto a dejarme convencer. Mire, si lograra algunas líneas de Sansy Price, que se fue al otro mundo en un choque de automóviles el año pasado... Me debía cuarenta libras."

El viejo señor Brace era en verdad terrible.

Hasta entonces Elton se había abstenido de hablar de espiritismo o de cualquier otra cuestión parecida en público, pero aquella noche no le importaba que fuera de mal gusto. ¿Qué importaba si a alguien le desagradaba? Quizás algunos de los que no habían oído hablar de ello se sintieran interesados y quisieran asistir a la sesión.

Poco después de las ocho y media un estruendoso repiqueteo en la puerta principal, con las primeras notas de Policeman's Holiday, anunció la llegada de Eddie. Entró llevando un objeto grande y en forma de caja, a go

as como una prensa de botánico. Cuando hubo cambiado saludos con la señorita Moody alargó burlonamente un dedo meñique a señor Brace, quien había acompañado a Ellen hasta el vestíbulo. El señor Brace después de cogerle con seriedad por un momento el dedo, golpeó la caja.

—Espero que toda la familia siga bien, señor —dijo—, ¿no le ha causado ninguna preocupación?

Eddie sonrió y negó con un movimiento de cabeza.

—No, gracias, abuelo. La familia está al pelo. La abuelita de Sophronia se encuentra algo mareada después de haber servido de plasmación a Gertie Gush, la estrella de cine, pero eso es todo. Por lo demás, en la gloria.

El señor Fisk era bajo, rubio y vivaz, con un bigotito. Tenía ojos perspicaces e inquietos, de tono gris claro, y era algo afectado en el vestir. Llevaba chaleco azul de seda con botones esmaltados y zapatos de charol y ante. Sus pies eran muy pequeños.

—¿Estamos todos listos? —preguntó a Ellen, mirando por detrás de ella hacia la sala—. Gilbert siente muchísimo no poder venir. Está acatarrado.

—Sí, todos estamos listos. —La señorita Moody se había vuelto e hizo una señal con la mano. La señora Brace y otros cuatro o cinco que se habían adelantado de entre los demás, aparentando indiferencia, continuaron su camino hacia el vestíbulo como dóciles borreguitos. Dos de ellos no habían asistido a las sesiones anteriores. El señor Brace les presentó al señor Fisk muy pomposamente, como pensando que Eddie llegaría a perder la paciencia. Alguien se rió con azoramiento.

—Bueno, ¿subimos? —La señorita Moody se puso en cabeza, cerrando la marcha Janet, más amargada que de costumbre. El señor Brace, siempre dispuesto, se ofreció a llevar la caja de Eddie.

—No, no lo haga. A mis amiguitas no les gustan los extraños.

Ellen, que oyó la broma a su espalda, se volvió en tono de censura.

—Por favor, hemos de tener seriedad ahora.

Tan pronto como se reunieron todos en la habitación, Fisk empezó alegremente a contarlos con los dedos.

—Somos ocho: cuatro mujeres y cuatro hombres. Muy bien. Nos sentaremos lo mismo que la semana anterior, alternando. La señorita Moody aquí, a mi lado. La señorita Winterall, luego el señor Tharp y la señora

Phillimore... Necesitaremos una o dos sillas más, me parece... —Distribuyó al grupo en un círculo alrededor de la mesa—. Quizá la señora Phillimore fuera tan amable que apagase la luz.

Al extinguirse la luz Ellen sintió una emoción. Estaba oscuro, pero no del todo, pues del fuego de la chimenea salía un tenue brillo rojizo. El joven señor Simpson, uno de los dos nuevos, habló con algún recelo.

—¿No sería mejor poner delante la bombilla? —Su voz demostraba lo rápidamente que habíale afectado el ambiente general de magia. Su tono era casi de devota emoción.

—¡Oh! No, no influye lo bastante... pero realmente debiéramos tener un poco de música, piano o algo... Empezaría más fácilmente. Es una lástima.

El señor Brace tosió bruscamente y después, como temiendo parecer escéptico, tosió de nuevo en tono más simpático. La señorita Moody logró ver por un momento la cara de Eddie. Aunque, como explicaba siempre escrupulosamente, no era un médium que cayera en trance en sentido estricto, era costumbre suya recogerse un poco al comenzar cada sesión. Ya había cerrado los ojos y se removía en su silla.

—Como ustedes saben, se necesita algo de tiempo para alcanzar otro estado. Algunas noches estoy en buenas condiciones y otras no. Todo depende de las circunstancias. Quiero decir que es algo más que abrir simplemente un grifo.

Ellen ya había oído antes todas esas declaraciones preliminares. Pronto comenzaría a oscilar ligeramente y su tenue voz adquiriría ritmo de sonsonete. Sí, ya iba ocurriendo así.

—A-a-a. —Se sentó erguido y respiró violentamente—. Señora Brace, ¿le importaría que le cogiera la mano? Gracias, yo... Me dan el nombre de Jorge. Hombre de alguna

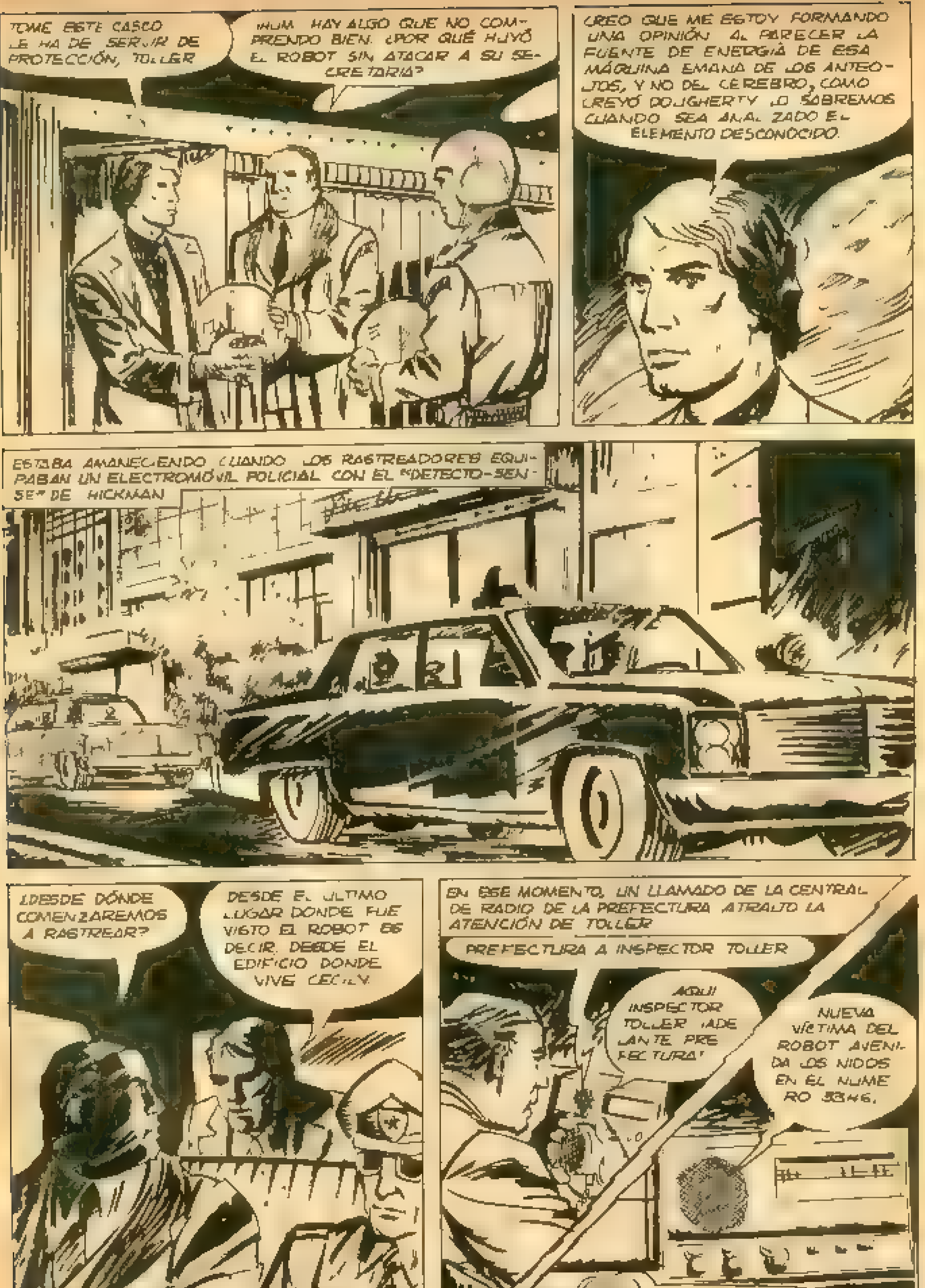
CONTINÚA EN PAGINA

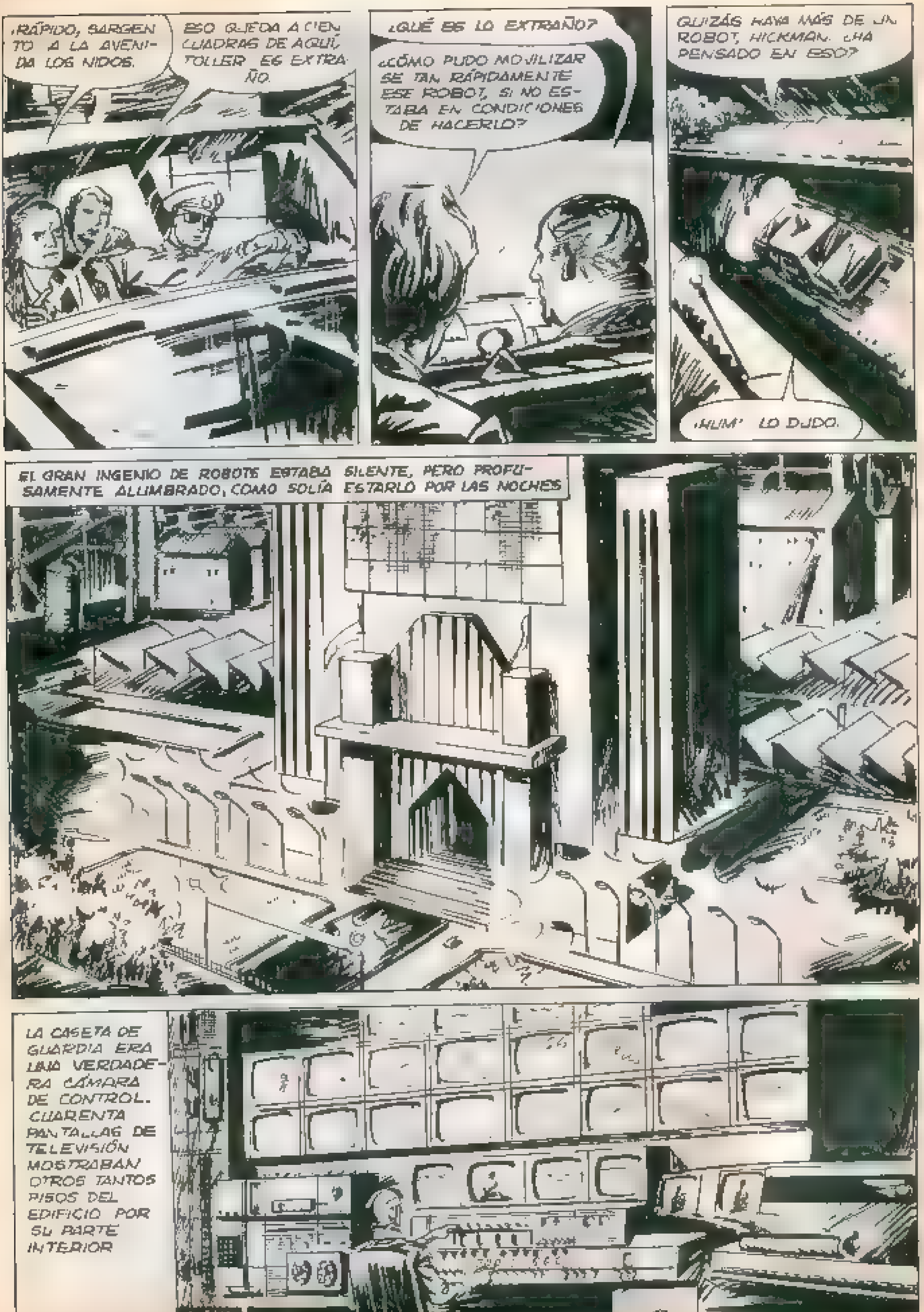
VIENE DE LA PÁGINA 22

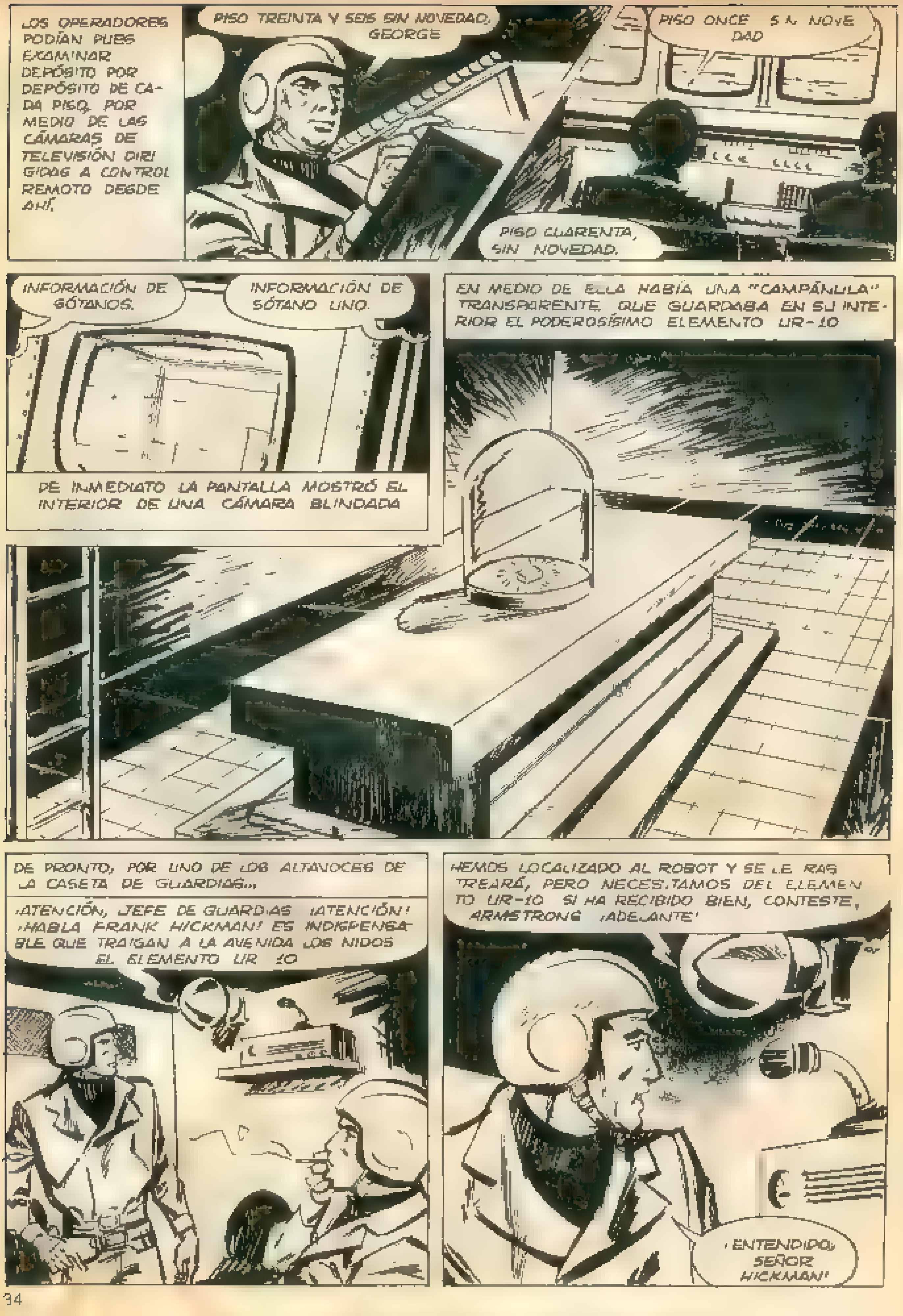
¡OH, NO! ¡OH, FRANK!
LA MANO DEL INFELIZ PARECÍA ESTAR SIENDO CORROÍDA POR ALGÚN ÁCIDO POTENTE QUE DESTRUÍA TEJIDOS Y HUESOS
NO PODEMOS ESPERAR MÁS, CECILY. LO LLEVAREMOS A LA POLICLÍNICA DE NUESTRA FÁBRICA EN MI AUTOMÓVIL. AVISA AL INSPECTOR TOLLER
SÍ, FRANK.
MEDIA HORA DESPUÉS, EN LA SALA DE ESPERA DE LA POLICLÍNICA DE LA FÁBRICA DE ROBOTS...
SEÑORITA CHADWICK, ¿PIENSA USTED QUE EL HECHO DE HABERLE DESTROZADO LOS ANTEJOS HIZO HUIR AL ROBOT?
NO SÉ QUÉ PENSAR, INSPECTOR, PERO ESO FUE LO ÚLTIMO QUE VI.
¡HUM! ¿Y EN CUÁNTO A LOS TROZOS DE VIDRIO?
ESO NO ES VIDRIO, TOLLER. ES ALGO QUE DESCONOCEMOS AÚN Y QUE DESTROZÓ LA MANO DEL CONSERJE A SU SOLO CONTACTO.
¡AQUÍ VIENE EL CIRUJANO!
LO SIENTO, SEÑOR HICKMAN, PERO EL HOMBRE ACABA DE MORIR
¡OH, NO!
¿DE QUÉ MURIÓ?

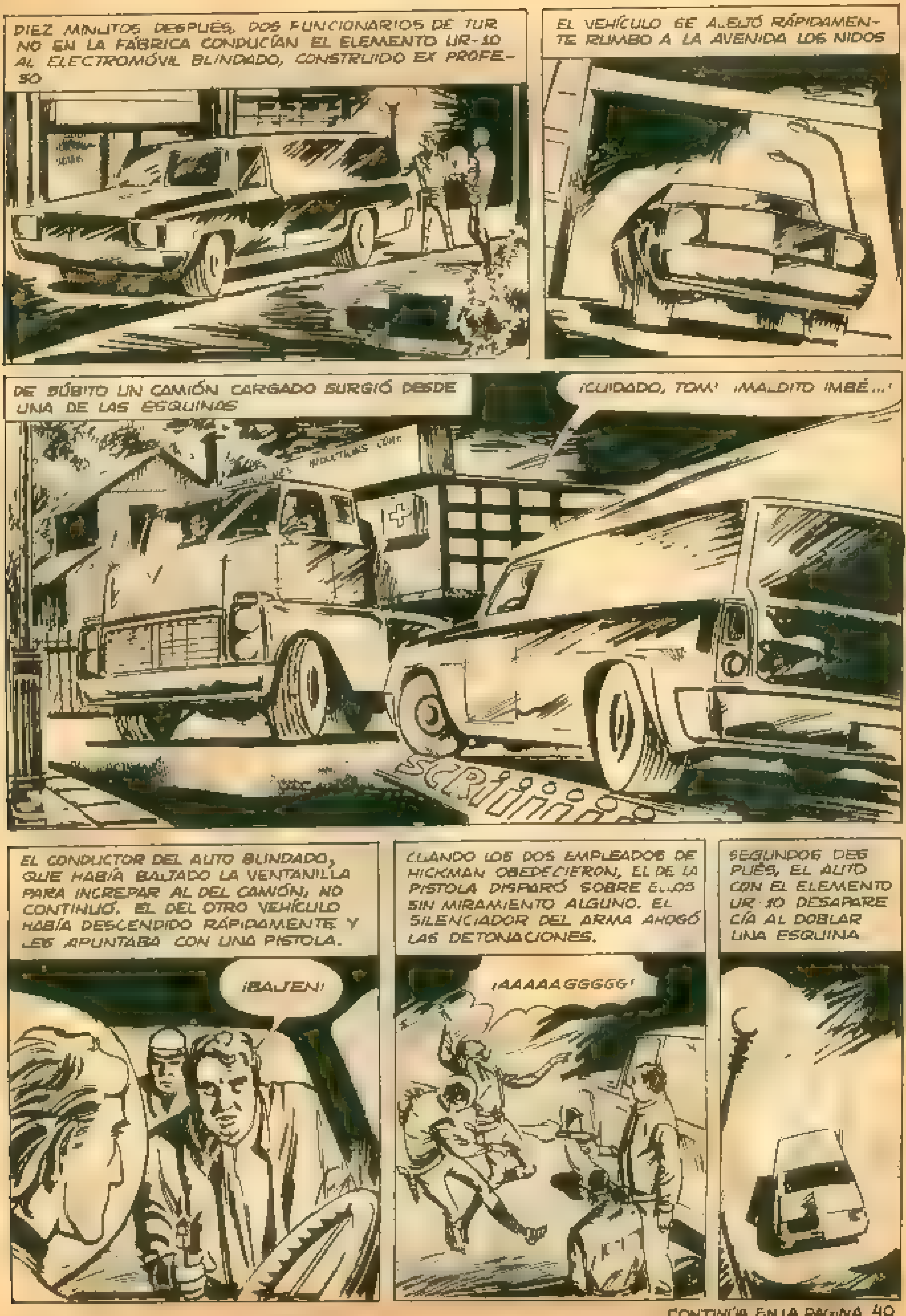
ESO ES LO QUE NOS TIENE DESORIENTADOS. ES ALGO SEMEJANTE A LA GANGRENA, PERO QUE NO LO ES. VENGAN POR AQUÍ, POR FAVOR.
EL CIRUJANO LOS CONDUJO HASTA EL QUIRÓFANO, PIDIÉNDOLE A CECILY QUE NO ENTRARA
AHÍ LO TIENEN. OBSERVEN ESA MANCHA GRISÁCEA QUE CUBRE TODO UN LADO DEL CUERPO
DOCTOR, UNA VEZ VI A UNO DE NUESTROS OBREROS QUE MANEJABAN UR-10 ATACADO POR ALGO PARECIDO, PERO ESE OBRERO SE PUDO SALVAR. ¿PODRÍA SER LO QUE CAUSÓ ESTO UR-10?
NO SOY UN EXPERTO EN ESO, SEÑOR HICKMAN, PERO PODRÍA DECIR QUE EL UR-10 NO PRODUCE ESTE EFECTO TAN DESASTROSO. EL ELEMENTO QUE ATACÓ A ESTE HOMBRE ES MUCHO MÁS PODEROSO.
CUANDO FRANK Y TOLLER SALIERON DEL QUIRÓFANO..
¿QUÉ HA SUCEDIDO?
QUE O MUCHO ME EQUIVOCO, O TENEMOS UNA PISTA PARA RASTREAR AL ROBOT
¿QUÉ PISTA?
EL ELEMENTO QUE ATACÓ AL CONSERJE. CECILY, AVISA AL GUARDA-JEFE DE LA FÁBRICA QUE TOLLER Y YO ESTAREMOS AHÍ EN MEDIA HORA

UNA VEZ EN LA CALLE...
DABNEY, HÁGASE CARGO DE LA CUSTODIA DE LA SEÑORITA CHADWICK. DE USTED DEPENDE SU SEGURIDAD. NO SE DESCUIDE, DABNEY
SÍ, SEÑOR
POR NADA DEL MUNDO SALGAS DE TU APARTAMIENTO NI ABRAS A DESCONOCIDOS. NI SIQUIERA A DABNEY, AQUÍ PRESENTE. ¿ME HAS ENTENDIDO, CARIÑO?
SÍ, SÍ, FRANK. ¡CUÍDATE!
MIENTRAS CECILY ERA CONDUCIDA A SU APARTAMIENTO, FRANK LLEVABA A TOLLER A UNA DE LAS CÁMARAS BLINDADAS DE SU FÁBRICA, DONDE SE DEPOSITABAN CIERTOS DETECTORES MUY SENSIBLES
¿CÓMO PIENSA RASTREARLO, HICKMAN?
USARÉ ESTE "DETECTO SENSE". ES LA ÚLTIMA PALABRA EN DETECTORES UR
PERO ¿SERVIRÁ PARA UN ELEMENTO TAN PELIGROSO COMO EL QUE DESTRUYÓ AL CONSERJE?
DEBE SERVIR. ESE ELEMENTO ESTÁ BASADO SIN DUDA ALGUNA EN UR-10. SI ES ASÍ, ESTE DETECTOR LO CAPTARÁ


TOME ESTE CASCO LE HA DE SERVIR DE PROTECCIÓN, TOLLER
¡HUM! HAY ALGO QUE NO COMPRENDO BIEN. ¿POR QUÉ HUYÓ EL ROBOT SIN ATACAR A SU SECRETARIA?
CREO QUE ME ESTOY FORMANDO UNA OPINIÓN. AL PARECER LA FUENTE DE ENERGÍA DE ESA MÁQUINA EMANA DE LOS ANTEOJOS, Y NO DEL CEREBRO, COMO CREYÓ DOUGHERTY. LO SABREMOS CUANDO SEA ANALIZADO EL ELEMENTO DESCONOCIDO.
ESTABA AMANECIENDO CUANDO LOS RASTREADORES EQUIPABAN UN ELECTROMÓVIL POLICIAL CON EL "DETECTO-SENSE" DE HICKMAN
¿DESDE DÓNDE COMENZAREMOS A RASTREAR?
DESDE EL ÚLTIMO LUGAR DONDE FUE VISTO EL ROBOT. ES DECIR, DESDE EL EDIFICIO DONDE VIVE CECILY.
EN ESE MOMENTO, UN LLAMADO DE LA CENTRAL DE RADIO DE LA PREFECTURA ATRAJO LA ATENCIÓN DE TOLLER
PREFECTURA A INSPECTOR TOLLER
AQUÍ INSPECTOR TOLLER. ¡ADELANTE PREFECTURA!
NUEVA VÍCTIMA DEL ROBOT. AVENIDA LOS NIDOS EN EL NÚMERO 3346.
ENTENDIDO, CORTO.


¡RÁPIDO, SARGENTO A LA AVENIDA LOS NIDOS.
ESO QUEDA A CIEN CUADRAS DE AQUÍ, TOLLER. ES EXTRAÑO.
¿QUÉ ES LO EXTRAÑO?
¿CÓMO PUDO MOVILIZAR SE TAN RÁPIDAMENTE ESE ROBOT, SI NO ESTABA EN CONDICIONES DE HACERLO?
QUIZÁS HAYA MÁS DE UN ROBOT, HICKMAN. ¿HA PENSADO EN ESO?
¡HUM! LO DUDO.
EL GRAN INGENIO DE ROBOTS ESTABA SILENTE, PERO PROFUSAMENTE ALUMBRADO, COMO SOLÍA ESTARLO POR LAS NOCHES
LA CASETA DE GUARDIA ERA UNA VERDADERA CÁMARA DE CONTROL. CUARENTA PANTALLAS DE TELEVISIÓN MOSTRABAN OTROS TANTOS PISOS DEL EDIFICIO POR SU PARTE INTERIOR


LOS OPERADORES PODÍAN PUES EXAMINAR DEPÓSITO POR DEPÓSITO DE CADA PISO, POR MEDIO DE LAS CÁMARAS DE TELEVISIÓN DIRIGIDAS A CONTROL REMOTO DESDE AHÍ.
PISO TREINTA Y SEIS SIN NOVEDAD, GEORGE
PISO ONCE S N NOVEDAD
PISO CUARENTA, SIN NOVEDAD.
INFORMACIÓN DE SÓTANOS.
INFORMACIÓN DE SÓTANO UNO.
DE INMEDIATO LA PANTALLA MOSTRÓ EL INTERIOR DE UNA CÁMARA BLINDADA
EN MEDIO DE ELLA HABÍA UNA "CAMPÁNULA" TRANSPARENTE, QUE GUARDABA EN SU INTERIOR EL PODEROSÍSIMO ELEMENTO UR-10
DE PRONTO, POR UNO DE LOS ALTAVOCES DE LA CASETA DE GUARDIAS...
¡ATENCIÓN, JEFE DE GUARDIAS ¡ATENCIÓN! ¡HABLA FRANK HICKMAN! ES INDISPENSABLE QUE TRAIGAN A LA AVENIDA LOS NIDOS EL ELEMENTO UR 10
HEMOS LOCALIZADO AL ROBOT Y SE LE RASTREARÁ, PERO NECESITAMOS DEL ELEMENTO UR-10 SI HA RECIBIDO BIEN, CONTESTE, ARMSTRONG ¡ADELANTE!
¡ENTENDIDO, SEÑOR HICKMAN!



CONTINÚA EN LA PAGINA 40

EFECTO RETARDADO

▽

edad, pasada la madurez, altura corriente, ojos negros . . . Falleció hace varios años . . . Noto algo de ahogo aquí, una especie de tirantez, dolorosa . . . —Eddie puso su otra mano sobre el pecho—. ¿Fue pulmonía o bronquitis?

—No, enfermedad de pulmón, tuberculosis. Murió hace más de siete años, en 1920.

—¿Reconoce entonces el nombre y las señas?

—Sí, creo que sí. Sólo que se llamaba Geoffrey y no tenía muchos años.

—¿Un hermano mayor, acaso?

—Bueno, no . . . —contestó la señora Brace, confusa—, era más joven, un hermano más joven . . . —tras una pausa preguntó con timidez—: ¿Quiera . . . ? ¿Hay algún mensaje más?

—Sí, —replicó Eddie—, dice . . . Espere . . . debo entenderla con claridad . . . Dice que lo que está usted pasando ahora es sólo temporal, de no mucho tiempo. Tendrá usted que ser fuerte y valiente.

—¡Oh! Gracias. —La señora Brace soltó su mano y se retiró agradecida a la penumbra.

La sesión continuó. Después, fue el señor Simpson, luego la señorita Winter, el señor Brace . . . Eddie parecía tener aquella noche mensajes para todos, excepto para Ellen y su hermana. La señorita Moody no lo sintió. Por lo regular quedaba completamente absorta en todo lo que el señor Fisk decía y hacía, pero aquella tarde . . . Estaba nerviosa, impaciente; quería que continuase. Estaba deseando y temiendo lo que iba a ocurrir cuando hubiese terminado. Ninguno sabía, ni Janet ni Eddie, lo que ella iba a hacer. ¿Morris quizá? Se le secó la garganta. ¿Quizá . . . ?

El señor Fisk hablaba ya con voz natural. Se había encendido la luz y reía cautelosamente mientras secaba su cara a intervalos con un pañuelo azul. La sesión lo había fatigado

Janet, tratando de mirarlo con sarcasmo, abrió mucho los ojos de pronto y lanzó un formidable estornudo.

—Y, ahora —dijo Eddie—, vamos a intentar el truco de la pizarra.

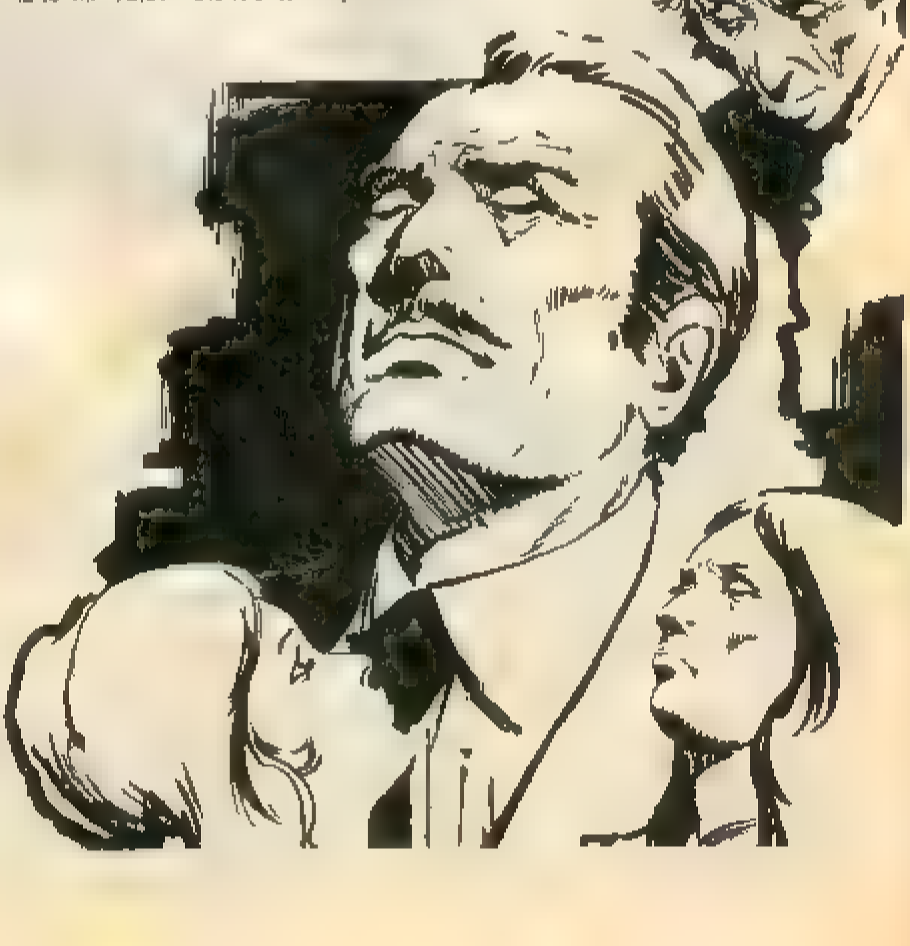
Ellen deseaba que no se mostrase tan irrespetuoso y que sus modales fueran menos frívolos, menos semejantes a los de un gorrión. Desde luego, eso de llamar a sus cosas trucos era su modo de ser, pero el señor Brace, por ejemplo, seguramente no comprendería. Con seguridad iba a pensar . . .

No obstante, el señor Brace tuvo que confesar que estaba totalmente convencido . . . De su caja, Eddie extrajo lo que parecía ser una pizarra escolar, corriente, y el fragmento de un pizarrín. El y el señor Brace sentados ahora uno enfrente del otro, mantuvieron la pizarra firmemente apoyada contra el borde inferior de la mesa, dejando entre ambos el pizarrín. Antes persuadió al señor Simpson para que escribiera una pregunta en un trozo de papel que dobló y guardó en un bolsillo. Pocos instantes después se oyó como un ligero roce que continuó durante un minuto y medio aproximadamente. Cuando cesó, se retiró la pizarra de su sitio y se contrastó su escrito con el papel. La pregunta del señor Simpson había sido muy trivial: "¿Cuántos botones tiene mi traje?" Siendo la respuesta:

"Sume las cifras del año de su nacimiento". Como el señor Simpson había venido a este mundo en 1899, el resultado era 27, cifra que, incluyendo el pantalón, admitió ser exacta.

—¡Ahí tienen! —dijo Eddie sonriendo—, han conseguido más de lo que querían, ¿no? Vean, es una prueba extraordinaria el contestar así. Ninguno de nosotros sabía en qué año nació.

—M-mm . . . —masculló el señor Brace—; muy bien, muy bien. He de ad-



mitir que me encuentro impresionado y ha sido sumamente interesante. Pue de estar seguro que le estamos agra decidísimos.

—¡Oh! —dijo Ellen—, pero no es co sa de irse todavía. Apenas son las nueve y media. Yo tenía la esperanza de que repetirían el truco ... el exper imento de las flores.

Enrojeció, molesta de casi haber dejado escapar la palabra truco. Pe ro eso era culpa de Eddie.

—Estoy segura de que tenemos tiempo de sobra —prosiguió rápida mente para ocultar su confusión— y lo he esperado con tanto interés.

Observó en su voz una ansiedad y una excitación extrañas. También Ed die, por alguna razón, parecía de primo fuera de sí y opuesto a ceder a su ruego.

—Temo que me obligue a retrasar me demasiado; ya saben que ahora vivo al otro lado del río —dijo.

V

Ellen lo miró de frente, sintiendo cómo enrojecían sus mejillas.

—¡Bah!, no se necesitará mucho tiempo. Apenas un minuto.

Se detuvo a pensar: "¿Por qué in sistiría con tanta vehemencia? ¿Será porque aquel milagro de las flores que desaparecían fue lo primero que convenció y persuadió a realizar su experimento?"

Eddie trataba todavía de disuadirla.

—Tengo mucha prisa esta noche. Gilbert está enfermo. Y además no tengo el instrumental dispuesto.

—Vaya, vaya —dijo el señor Brace, burlón, aunque con benevolen cia—, su instrumental. Realmente eso no suena bien.

—¡Qué absurdo! —dijo Eddie enro jeciendo—. Necesitamos instrumental para lo que acabamos de hacer, si podemos llamar instrumental a las pi zarras y los pizarrines. Esto no lo ha ce menos ... menos auténtico. La pró xima vez haremos el número de las flores y todo lo demás. Hasta la voz directa, si no considera la trompeta demasiado instrumental.

—¡Bah! —mascullo el señor Brace de nuevo, menos benevolente y más inclinado a mostrarse descortés—. Muy bien, joven. Indudablemente us ted sabrá mejor el programa que le conviene. Sólo recuerdo más o menos lo que necesitó para llevar a cabo aquel pequeño acto misterioso: un jarrón de cristal tallado muy corriente y tres geranios. Al menos, sólo eso fue lo que todos vimos.

—¡Muy bien! —Eddie estaba aho

ra sonriente, pero resultándole difícil no perder la compostura—, naturalmente... si lo que usted se propone es desafiarme... Claro, para usted supongo, no cuenta el ambiente. Un jarrón es sólo un jarrón y las flores flores... Lo intentaré, pero si no resulta, no me culpen por ello.

Ocupó de nuevo su asiento con los labios apretados. Janet trajo de la habitación contigua un jarrón con seis claveles.

—Habrá que apagar las luces, supongo —dijo el señor Brace irónico.

—Sí, por favor, al principio.

La oscuridad y, para Ellen de nuevo, aquella peculiar emoción.

Continuaba aún junto a Eddie y podía distinguir vagamente su inclinado perfil y, a intervalos, podía darse cuenta de los movimientos de sus manos. "Está algo nervioso", pensó, y esto la perturbaba, haciendo que desease más ávidamente que ocurriera algo. Entonces vería el señor Brace y ella, ella tendría también valor para hacer lo que había proyectado para repetir su milagro ante todos ellos jugando con los carbones al rojo. Su respiración se hizo difícil.

Pasaban los segundos. ¿Qué originaba el retrato de Eddie? En la ocasión precedente, según recordaba, tan pronto como las luces se apagaron, se descubrieron las flores no ya en el jarrón, sino en su cesta de labor, al extremo opuesto de la habitación. Luego, a la vista de todos cuantos lo presenciaban, desaparecieron. Estaban allí y de pronto ya no estaban. Era una maravilla doble.

Pero aquella noche, la primera parte parecía exigir mucho más tiempo. Esto era culpa del señor Brace, por hablar como lo hizo y empeorar el ambiente. Sin embargo, pronto se vería confundido.

Sus pensamientos se detuvieron bruscamente para proseguir al instante con desesperada intensidad. La intranquilidad, convertida ahora en angustiosa alarma, le hizo prever que algo iba mal. Su corazón le saltó locamente en el pecho. Se sentía desvanecida. Algo marchaba mal. Luego oyó el ruido de cristal roto, de algún objeto que caía al suelo y una interjección en voz baja. ¡Oh! ¿Qué estaba haciendo Eddie? ¿Qué... ?

¡La luz! De pronto y como un duro golpe cegador que les hacía guiñar los ojos e irrumpir en exclamaciones. Janet, que se había deslizado hasta el conmutador y lo había utilizado, estaba allí de pie, indignada, señalando el jarrón roto. Su voz temblaba de desprecio.

—¡Tramposo! Esto hará que comprendan todos. El tramposo, mírenlo.

Y Eddie, descubierto, estaba agachado buscando bajo la mesa algo que, al parecer, se le había caído. Se levantó, pálido el rostro y abatido, como si estuviera a punto de llorar, con los ojos asustados y tartamudeando.

—¡Eso es, mírenlo. Vean ese hilo atado alrededor de su mano. Siento haber tenido que hacer una cosa así.

Pero no fue el espectáculo de Eddie derrotada y avergonzado lo que retuvo la asombrada atención de todos. Algo mucho peor y mucho más desconcertante que la tardía y bien merecida denuncia de un torpe charlatán se producía en aquella habitación. Era a Ellen a quien todos miraban. Se había levantado de su asiento con la boca entreabierta. S.

EFECTO RETARDADO

bien por algún tiempo no emitió ningún sonido. El terror o el dolor, o ambos a la vez, parecieron privarla del habla. Tenía los brazos en alto, oscilaba y tropezaba. Por fin, se escuchó su voz, terminando en un grito:

—¡Fuego... ! El fuego

Sólo para Janet parecían comprensibles sus palabras

—¡Aprisa, aprisa! Ha debido sufrir alguna quemadura.

Atravesó la habitación a saltos hacia donde estaba su hermana, arrastrando consigo el mantel que cubría la mesa. Al cogerlo cayó al suelo todo el instrumental de Eddie y se rompió

—Dense prisa! El mantel no basta, es demasiado fino. En la otra habitación hay mantas. se ha quemado

¡Quemado! Ellen, antes de que su angustia fuera excesiva, lo pudo comprender. Sólo Ellen, como hubiera comprendido también Agatha de haber estado allí, logró comprenderlo durante unos segundos torturantes.

¡El fuego! Aquel fuego del que se había burlado dos días antes la había quemado ahora. Las llagas aparecieron en su rostro, su cabeza, sus brazos y sus manos, por dondequiera que puso los carbones. Su carne iba ennegreciéndose. Ya no podía darse cuenta de nada. Su inteligencia se esfumaba disuelta en una caótica agonía. Comenzó a correr como una salvaje en pequeños círculos, en una y otra dirección, tratando de entrar en sí, emitiendo un grito tras otro.

¡Mantas! ¡Traigan mantas!

Por fin, comprendiendo que los demás estaban aún demasiado asustados e impresionados por aquel horror para servir de ayuda, Jane se vio obligada a correr ella misma en busca de las mantas, entrando en el dormitorio y arrancándolas de la cama. Pero aun cuando se dio toda la prisa de la que era capaz, volviendo con un par de ellas casi al instante, sus esfuerzos fueron inútiles.

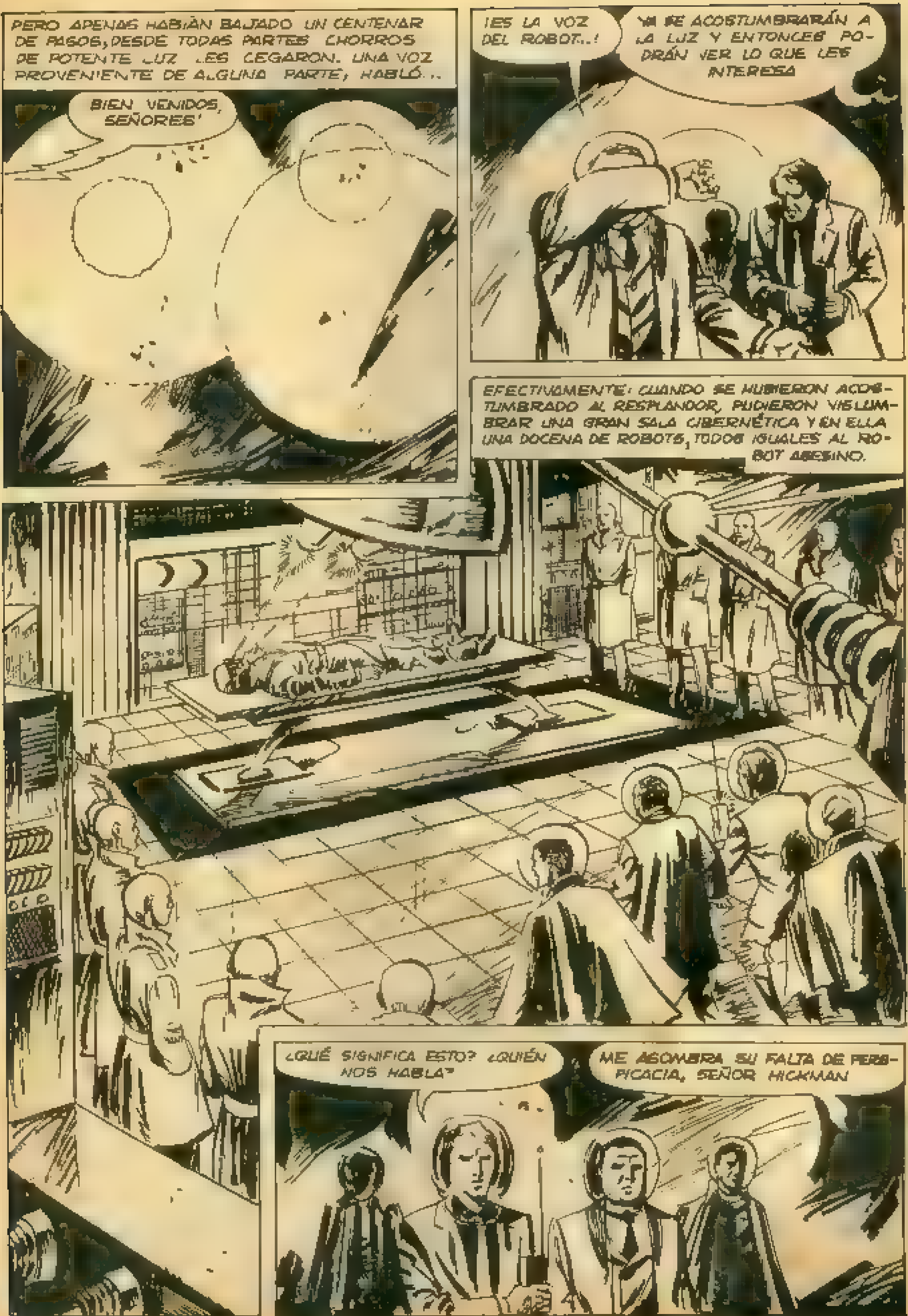
Pudo ver que llegaba demasiado tarde. Los alaridos que llenaban la habitación un momento antes, habían cesado

Fin

VIENE DE LA PÁGINA 35

EL ELECTROMÓVIL POLICIAL SE LANZÓ POR LOS MUNDOS A TODA VELOCIDAD.
CUANDO LLEGARON AL 147.
NO SE VE ACTIVIDAD ALGUNA SIN EMBARGO, MIRE EL DETECTO-SENSE
DETÉNGASE AQUÍ, SARGENTO
EL DETECTOR LANZABA LA SEÑAL MIENTRAS LA PEQUEÑA PANTALLA GIRABA ALOCADAMENTE
¡NO HAY DUDA AQUÍ CERCA HAY ELEMENTO UR-10 O ALGUNO DE SUS COMPONENTES.
PLIIIIP...
PLIIIP...
HICKMAN, TOLLER Y DOS POLICÍAS SE PUSIERON LOS CASCOS ANTI-RADIACTIVOS.
NO ME EXPLICO POR QUÉ AQUÍ, EN CASA DE MORGAN, HICKMAN.
YO TAMPOCO, PERO EL DETECTOR NO SE EQUIVOCA, INSPECTOR ¡ADELANTE!
USTEDES DOS, ATENTOS. ¡DISPAREN SIN MIRAMIENTOS!
SÍ, SEÑOR
CUANDO ENTRARON, LLEVANDO HICKMAN EL DETECTOR, TODO ESTABA IGUAL QUE COMO LO DEJARAN EL DIA EN QUE SE DESCUBRIÓ EL CADÁVER DE MORGAN.

EL DETECTOR GUIABA A LOS INVESTIGADORES CERTERAMENTE AL PARECER, YA QUE FRANK, DESPUÉS DE MIRAR EL CUADRANTE DE INTENSIDAD, INDICÓ UNA PUERTA
TRASPUSIERON LA PUERTA E HICKMAN SE DETUVO EN EL UMBRAL, PASEANDO EL CAPTADOR DEL DETECTOR POR LA HABITACIÓN. ENTONCES EL APARATO ZUMBÓ.
FRANK HABLÓ POR EL INTERCOMUNICADOR DE LOS CASCOS
DEBE HABER ALGO DETRÁS DE ESTA PARED, INSPECTOR.
¡HUM! TENDREMOS QUE DERRIBARLA
DE PRONTO, UNO DE LOS POLICÍAS ARMADOS, QUE HABÍA ESTADO PALPANDO LAS MOLDURAS DE LA PARED...
MIREN AQUÍ ¡UNA PUERTA SECRETA!
¡BIEN, MORRISON!... Y PARECE QUE ESTO CONDUCE A UN SUBTERRÁNEO.
USTEDES DOS SE QUEDARÁN AQUÍ MONTANDO ESTRICTA VIGILANCIA. NO DEJEN QUE ESA PUERTA SE CIERRE
SÍ, SEÑOR.
CUANDO LOS CUATRO EXPLORADORES CON LOS CASCOS COMENZARON A BAJAR...
ENCENDEREMOS LAS LINTERNAS, HICKMAN, ESTO ES UNA BOCA DE LOBO



PERO APENAS HABÍAN BAJADO UN CENTENAR DE PASOS, DESDE TODAS PARTES CHORROS DE POTENTE LUZ LES CEGARON. UNA VOZ PROVENIENTE DE ALGUNA PARTE, HABLÓ...
BIEN VENIDOS, SEÑORES'
¡ES LA VOZ DEL ROBOT...!
YA SE ACOSTUMBRARÁN A LA LUZ Y ENTONCES PODRÁN VER LO QUE LES INTERESA
EFECTIVAMENTE: CUANDO SE HUBIERON ACOSTUMBRADO AL RESPLANDOR, PUDIERON VISLUMBRAR UNA GRAN SALA CIBERNÉTICA Y EN ELLA UNA DOCENA DE ROBOTS, TODOS IGUALES AL ROBOT ASESINO.
¿QUÉ SIGNIFICA ESTO? ¿QUIÉN NOS HABLA?
ME ASOMBRA SU FALTA DE PERSPICACIA, SEÑOR HICKMAN

EL ROBOT NO ES, PUES ESTÁ BAJO ESA PANTALLA.
ENTONCES ESA VOZ... ¡CIELOS! ¡ALBERT MORGAN!
¡JA, JA! EXACTO, HICKMAN. ALBERT MORGAN LES HABLA
¡ES IMPOSIBLE! MORGAN ESTÁ MUERTO
NO, INSPECTOR, EL QUE USTEDES VIERON MUERTO Y DESTROZADO ERA MI SOSÍAS. UN VAGABUNDO QUE ENCONTRÉ HACE ALGUNOS AÑOS Y A QUIEN PROTEGÍ PARA CUANDO TUVIERA QUE PONER EN PRÁCTICA MI PLAN.
USTED ESTÁ LOCO, MORGAN. AHORA COMPRENDO TODO.
¡NO! USTED NO COMPRENDE NADA. ES INCAPAZ SIQUIERA DE COMPRENDER DE DONDE EMANA EL PODER DE MI "HOMO ROBOTICUS".
LO HE ADIVINADO. DEL UR-10.
EN PARTE, QUERIDO SEÑOR HICKMAN, EN PARTE. EL ELEMENTO QUE PRODUCE ESE RAYO QUE USTED ESTÁ VIENDO ES CIEN VECES MÁS PODEROSO QUE EL UR-10. LO HE BAUTIZADO MOR-MIL. ¡JA, JA! ¡MORGAN-MIL!
SIN EMBARGO DEBO RECONOCER SU PERSPICACIA AL DESCUBRIR QUE EL PODER DE MI "HOMO ROBOTICUS" SE CONCENTRA EN LOS ANTEOJOS.
TODO ESO ES CHARLA, MORGAN. SU MOR-MIL NO EXISTE
OH, COMPRENDO SU ESTRATAGEMA. USTED QUIERE GANAR TIEMPO, HICKMAN, HACIÉNDOME HABLAR PARA INTENTAR UN GOLPE DE MANO, PERO NO PODRÁ. SIN EMBARGO LE EXPLICARÉ MI INVENTO.

MOR-MIL ES LA CONCENTRACIÓN DE LOS RAYOS DEL SOL SOBRE EL UR-10, PERO... ELEVADO A LA POTENCIA QUE USTEDES, LOS CIENTÍFICOS, NO SE HAN ATREVIDO A EMPLEAR UR-100.
ESO ES UNA LOCURA ¡CONTAMINARÁ A TODA LA HUMANIDAD!
POR SUPUESTO QUE SUCEDERÍA ESO, SI NO FUERA ALBERT MORGAN EL QUE TRABAJA EN ELLO, HICKMAN.
PERO YO HE LOGRADO CONTROLAR ESOS DOS ELEMENTOS Y CREAR EL MOR-MIL, QUE ES LO QUE DA VIDA, AUTONOMÍA Y ALBEDRÍO A MIS CRIATURAS, LAS QUE SIN EMBARGO SON DIRIGIDAS POR MI CEREBRO.
¡COMPRENDO! IMPULSOS TELEPÁTICOS. DE AHÍ QUE LA VOZ DE SU MALDITO ROBOT FUERA TAN SEMEJANTE A LA SUYA, MORGAN
¡EXACTO! USTED RECHAZÓ MIS SERVICIOS, HICKMAN, Y TIENE QUE PAGAR POR ESO.
NO PUEDO DEJAR CON VIDA A NADIE QUE CONOZCA UN MÍNIMO DE MI SECRETO. ME HE APODERADO DE VUESTRAS RESERVAS DE UR-10, CON LO CUAL SOY YO EL ÚNICO AHORA QUE PODRÁ FABRICAR ROBOTS, ES DECIR HOMO ROBOTICUS. ¡PERO BASTA DE CHARLA!
¿QUÉ VA A HACER, MORGAN? ¿NO SE DA CUENTA DE QUE SERÁ DESTRUIDO? ESTE EDIFICIO ESTÁ RODEADO DE POLICÍAS.
¡JA, JA! NO, INSPECTOR USTED DEJÓ SÓLO A DOS AFUERA, QUE SERÁN ELIMINADOS FÁCILMENTE POR ROB.

¡ROB, ARRIBA! ¡LIQUÍDALOS!
¡ATRÁS! ¡ATRÁS! ¡DISPAREN A LOS ANTEOJOS!
LOS DOS SUBALTERNOS DE TOLLER HICIERON FUNCIONAR SUS ARMAS
PERO EL ROBOT NO SE DETUVO. SUS ANTEOJOS NO FUERON DESTRUIDOS.
¡JA, JA! HE APRENDIDO LA LECCIÓN, HICKMAN. ESOS LENTES SON DE MATERIAL INDESTRUCTIBLE ¡MÁTALOS, ROB!
¡ATRÁS, TOLLER, ATRÁS! ¡NADA PODEMOS HACER!
¡MALDICIÓN, ESTAMOS INDEFENSOS!
LOS HOMBRES ACTUARON RÁPIDAMENTE, PERO NO TANTO COMO PARA QUE EL ROBOT NO ATRAPARA A UNO DE LOS POLICÍAS..
¡MORRISON!
¡ATRÁS, TOLLER! NADA PUEDE HACER POR ÉL
¡AAAGGG!
EL ROBOT ARROJÓ A SU VÍCTIMA LEJOS DE SÍ, PERO EL CUERPO DEL INFORTUNADO CAYÓ EN UNA DE LAS MESAS DE CONTROL.
¡CUIDADO, ROB! ¿QUÉ HAS HECHO? ¡ESOS CIRCUITOS!.. ¡CUIDADO!

LA VOZ ANGUSTIADA Y ATERRADA DE MORGAN LLEGABA DESDE ALGÚN LUGAR. PORQUE EL CUERPO DEL POLICÍA AL CHOCAR CONTRA LA MESA HABÍA PRODUCIDO EL CAOS.
CON OJOS DESORBITADOS, HICKMAN Y TOLLER VIERON COMO EL ROBOT SE TORNABA ROJO...
¡ROB! ¡ROB! ¡CIERRA ESE CIRCUITO! ¡QUITA ESE MALDITO CADÁVER DE AHÍ! ¡OBEDECE, ESTÚPIDO!
¡SALGAMOS DE AQUÍ! ESTO SE CONVERTIRÁ EN UN INFIERNO RADIACTIVO EN UN SEGUNDO MÁS.
CUANDO LOS DOS HOMBRES SALÍAN, LO ÚLTIMO QUE VIERON FUE A ALBERT MORGAN AVANZAR HACIA LA MESA DE MANDOS Y AL ROBOT, QUE YA COMENZABA A DESINTEGRARSE, CAER AL SUELO.
SHHHS
¡A LA SALIDA! HAY QUE CERRARLA.
ENTONCES, ANTES DE QUE MORGAN PUDIESE CONJURAR LA CATÁSTROFE, ÉSTA SE PRODUJO.
BOOOM!
¡BANG!...

SE PRODUJO OTRA EXPLOSIÓN Y LOS DOS HOMBRES SE SINTIERON ARROJADOS LEJOS COMO PLUMAS AL VIENTO.
ALGO HA SUCEDIDO AL SEÑOR... HICKMAN Y AL INSPECTOR...
NADA PODEMOS HACER POR AYUDARLOS, SALGAMOS DE AQUÍ.
CUANDO FRANK HICKMAN ABRIÓ LOS OJOS, SE ENCONTRÓ EN LA SALA DE UN HOSPITAL.
¡CECILY!
¡FRANK, QUERIDO! ¡NO HABLES!
PERO... PERO LAS EXPLOSIONES...
YA TODO PASÓ. LOS CASCOS ANTIRADIACTIVOS LES SALVARON LA VIDA A LOS TRES. ¡OH, FRANK, TUVE TANTO MIEDO POR TI!
HICKMAN MIRÓ EL SOL QUE LE BAÑABA. SE SINTIÓ FELIZ DE PODER SER UN HOMO SAPIENS COMÚN Y DE GOZAR DE LA VIDA QUE ALGUIEN SEMBRARA ALGUNA VEZ SOBRE LA TIERRA.
FIN